

Monseñor  
RICARDO PITTINI

MEMORIAS  
SALESIANAS  
DE UN  
ARZOBISPO  
CIEGO

EDITORIAL POBLET  
BUENOS AIRES

BX

4705

.P577

P5

1949

PRINCETON  
1988  
MINIARY

5  
77





Digitized by the Internet Archive  
in 2014

MEMORIAS  
SALESIANAS DE UN  
ARZOBISPO CIEGO







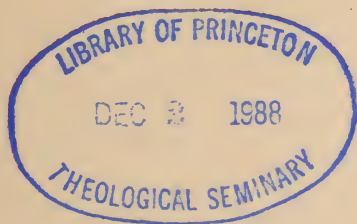
MONS. RICARDO PITTINI  
ARZOBISPO DE SANTO DOMINGO, PRIMADO DE INDIAS



MONS. RICARDO PITTINI

ARZOBISPO DE SANTO DOMINGO, PRIMADO DE INDIAS.

MEMORIAS  
SALESIANAS DE UN  
ARZOBISPO CIEGO



EDITORIAL POBLET

B U E N O S A I R E S

1949

CENSURA ECLESIASTICA

Nihil Obstat:

Domingo Martínez, S. D. B.

Censor Salesiano

Bs. As., 2 de mayo 1949.

Puede imprimirse:

ANTONIO ROCCA

Ob. de Augusta Vic. Gral.

Bs. As., 3 de mayo de 1949.

Queda hecho el depósito que  
previene la ley núm. 11.723

Copyright by Editorial Poblet  
Buenos Aires, 1949

IMPRESO EN LA ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINE

*PALABRAS DEL RECTOR MAYOR DE LOS  
SALESIANOS, RMO. D. PEDRO RICALDONE*

*Turín, 11 de Noviembre 1948.*

*Querido Monseñor:*

*He leído tus páginas evocadoras de tan suaves recuerdos.*

*Están destinadas a realizar un gran bien, especialmente porque demarcan una ruta a las inteligencias juveniles, llenas de ardimiento en las empresas que miran a la gloria de Dios y la salvación de las almas.*

*Se leen de un tirón, y uno queda profundamente conmovido, al par que estimulado al bien.*

*Calurosas felicitaciones, y votos de completo éxito.*

*Te abrazo fraternalmente; te mando y te pido una bendición.*

*Rezo todos los días por ti, seguro de ser ampliamente correspondido.*

*Tu siempre afmo. en J. y M.*

*D. PEDRO RICALDONE.*



## DEDICATORIA

A MIS HERMANOS EN DON BOSCO:

*El joven avanza, de espaldas al pasado, frente a un porvenir que la ilusión y la esperanza pintan de color de rosa.*

*El anciano, sin ilusiones ya, en la proximidad del fin busca refugio en los recuerdos, como lo busca en las raíces el viejo tronco, al aproximarse el último vendaval.*

*En particular después de haber perdido la vista, las memorias rebullen y zumban en mi interior, como colmena en plena actividad.*

*Escogí entre ellas algunas de sabor muy salesiano en estas páginas que os dedico, Hermanos queridos, sazonadas con afecto fraternal.*

*Doy gracias a Dios por haber prolongado los años de mi vida, poniendo en ella un toque de romance por la variedad y el contraste de sus vicisitudes: romance esencialmente salesiano, bien se comprende.*

*Acaricio la esperanza de que su lectura os sea algo agradable y provechosa. Por lo menos veréis en ellas un pálido reflejo del desarrollo prodigioso de nuestra Familia durante el medio siglo y algo más, en que yo la pude seguir personalmente.*

*Éramos pocos y dispersos cuando llegué a tierra americana a fines del siglo pasado: "Rari nantes in gurgite vasto", dijera Virgilio.*

*Hoy nos contamos por millares en cientos de Institutos Educativos para ambos sexos desde un cabo al otro del Nuevo Mundo.*

*Signo claro de que Don Bosco está en nosotros y con nosotros.*

*Es mi vivo deseo sobrevivir al través de estas páginas en vuestra compañía aun después que mi cuerpo descansa en el hoyo ya preparado a mano izquierda entrando en la Iglesia de San Juan Bosco en esta Capital: rincón destinado a los... "publicanos".*

*Os bendice de corazón vuestro Hermano en Don Bosco,*

RICARDO  
Arzobispo de Santo Domingo  
Primado de Indias.

*Santo Domingo, (Antillas).  
8 de diciembre de 1948.*

## CAPÍTULO I

### HACIA DON BOSCO

El año escolar 1891-92 fué año de crisis aguda para mi vocación sacerdotal.

Contaba 16 años y cursaba filosofía en el Seminario.

Influencias nocivas de algún compañero y de lecturas de clásicos no expurgados, y ensueños de carreras más brillantes despertados por uno que otro éxito literario en los cursos de retórica, atenuando la voz de Dios, hacían palidecer en mí, el ideal del sacerdocio concebido desde mi primera niñez al lado de una santa madre.

Pero ella había muerto tres años antes.

Durante mi última visita a ella en la primavera de ese año, me había parecido que iba recobrando su salud con el despertar de la naturaleza.

Empero cuando un mes más tarde mis hermanitos, Pedro y Carolina, llegaron al Seminario para la visita quincenal y les pregunté con ansia: "¿Cómo está ella?". Me miraron con sorpresa y se echaron a llorar.

El Párroco se había olvidado diez días antes de comunicarme su muerte.

Salí por los corredores gritando, enloquecido de dolor.

Cuando por la tarde mis compañeros fueron al paseo de regla, quedándome solo, el corazón me llevó a la Capilla solitaria en aquella hora. Arrodillado a los pies del altar de la Virgen, le dije con toda mi alma: "¡Ampara mi orfandad!"

Mi petición fué escuchada. Ella me amparó en la larga trayectoria de mi vida y en particular en los momentos de crisis.

Ella me inspiró que declarase mis dudas al Confesor, Mons. Egiciano Pugnetti, al Profesor de Historia, Mons. Scizzo y a un excelente compañero, Della Pietra, más tarde Jesuíta y Arzobispo Delegado Apostólico en Albania.

Los tres insistieron en que mis dudas no tenían base y que eran de inspiración diabólica.

Su consejo me detuvo al borde del abismo. Pero seguía vacilante.

#### LA VOZ DEL DESIERTO

Durante las vacaciones de 1892 cae en mis manos un Boletín Salesiano. El nombre de Don Bosco había llegado ya a mis oídos.

Leí con avidez las cartas de los Misioneros Salesianos desde las Pampas Argentinas y el desierto de la Patagonia.

Mis deseos misioneros, despertados años antes por la lectura de los anales de la "Santa Infancia" y del



libro del historiador Antonio Muratori: "El Cristianismo feliz", se reavivaron, como una llamarada con aquella lectura.

Sin consultar a nadie, escribí al Director Espiritual de la Sociedad Salesiana, Padre Julio Barberis, solicitando mi admisión. Con sorpresa recibí a vuelta de correo la respuesta que decía en resumen: "No admitimos por regla ex-seminaristas. Pero tú ven. Trae contigo, además del ajuar, las cartas testimoniales de tu Obispo, una suma prudencial y las notas de los exámenes de fin de año".

A mi buen padre le dolió el darme permiso; pero me lo concedió. En cambio se negó a la suma. El Arzobispo, Mons. Juan María Barengo, que no simpatizaba con Don Bosco, me negó a su vez las cartas testimoniales.

Emprendí viaje con las solas notas de fin de año que por suerte eran excelentes.

Al presentarme al Padre Barberis en su cuartito tan humilde del edificio Primitivo en el Oratorio de Turín, hube de decirle que ni traía la suma, porque mi padre no me la había dado, ni tampoco las cartas testimoniales del Sr. Obispo, quien no había querido entregármelas.

Un gran punto interrogativo se dibujó en la frente de Don Barberis quien, mirándome de arriba abajo, dijo, marcando las palabras de una manera característica suya: "¡Sería mejor que te volvieres a tu casa!"

Un sollozo me anudó la garganta y los ojos se me arrasaron de lágrimas, más elocuentes que toda palabra.

Él, comprendiéndome, me pidió las notas de los

exámenes, cuya lectura le serenó. Me hizo acompañar a Valsalice, al Seminario de las Misiones, donde se hallaba entonces la tumba de Don Bosco. Allí seguiría mi curso filosófico.

Pocas horas después, arrodillado ante la tumba del Padre, le dije con toda mi alma: "Don Bosco quiero ser tu hijo para siempre."

Hace 55 años que lo dije y nunca me arrepentí de haberlo dicho.

Ojalá que todos los candidatos a la vida sacerdotal o religiosa encuentren, en la hora de la duda, el amparo de María y el consejo salvador de los que guían su conciencia.

## CAPÍTULO II

### UN ENSUEÑO SE REALIZA

#### LLEGA UN APÓSTOL

A principios del año 1893 el señor director, don Luis Piscetta nos anuncia la visita de Mons. Luis Lagsagna, recién consagrado en Roma por el Santo Padre León XIII.

Aparecer él en los patios el día siguiente, apiñarnos nosotros en su derredor y sentirnos dominados por su personalidad fué la misma cosa.

Su figura esbelta y erguida, el rostro abierto, coronado por cabellos rubios, la mirada llena de luz, su franca sonrisa y, sobre todo, su palabra ardiente nos conquistaron inmediatamente.

Nos habló con entusiasmo de sus viajes, del Uruguay y de Villa Colón. “¡El Uruguay, tierra encantada; Villa Colón y el Colegio Pío por él fundados, allí, un pequeño paraíso terrenal con sus avenidas de eucaliptus, con sus viñedos cuyos racimos sobrepasan los de la tierra prometida en cuya fruta no se sabe si admirar más el tamaño o el sabor”!

La hipérbole era evidente: pero él hablaba con tanta sinceridad y efusión que nosotros no la notábamos.

¡Quién diría que aquella vida sería tronchada dos años y medio más tarde en un choque ferroviario y que yo mismo 20 años después pronunciaría su panegírico en nombre del Uruguay Salesiano frente al pequeño monumento elevado sobre su tumba en Juiz de Fora (Estado de Minas Geraes-Brasil)!

Al terminar nos dijo: "Los superiores me permitieron escoger y entresacar de entre vosotros a siete para ir conmigo a las Misiones. Los que quieran seguirme pídaslo por escrito al Padre Director."

Al día siguiente el escritorio del Padre Director estaba cubierto por más de cien peticiones; entre ellas, naturalmente, la mía. Pero yo recién llegado y sin testimoniales de mi Arzobispo alentaba pocas esperanzas, aunque le pedí a Dios fervientemente el poderle acompañar.

Cuando al día siguiente, después de las oraciones de la noche, el Padre Director fué leyendo los nombres de los siete escogidos y entre ellos el mío, casi se me escapó un grito de alegría incontenible.

La Divina Providencia me conducía hacia la realidad de un ensueño misionero...

#### EN LOS CUARTITOS DE DON BOSCO

Año escolar de Valsalice, primavera de mi vida salesiana, ¡cómo te recuerdo! Surgen de mi alma las figuras veneradas de los Superiores que enseñaron a conocer y a amar a Don Bosco y su Obra. Nombres

inolvidables de Don Piscetta, Don Garino, Don Nassó, Don Vota (hermanos), etc.; Dios os ha pagado ya el gran bien que me hicisteis.

Durante las vacaciones fuí a despedirme de los míos. Al regresar no pude hacer mi profesión religiosa con los demás compañeros, debiendo terminar mi año de Noviciado.

Fué una circunstancia feliz, porque pude hacerla a su debido tiempo en manos del Venerable Sucesor de Don Bosco, Don Miguel Rúa, en los cuartitos que el Santo ocupó hasta el fin.

¡Cómo recuerdo ese acto decisivo para mi vida; cómo resuena en mi alma el eco de las palabras de Don Rúa! Al fin me arrodillé junto a la cama en la que el santo murió y creo que de ella brotó para mí un propósito y un aliento de vida salesiana que ni el tiempo ni las vicisitudes han hecho jamás vacilar. A fines de noviembre se efectuó en el Santuario de María Auxiliadora la ceremonia de despedida, la entrega del Crucifijo misionero y el beso dado en la frente por el Venerable Sucesor de Don Bosco, Don Rúa.

Al día siguiente el "Savoia" levaba anclas en Génova llevándome hacia el Uruguay.

A fines de diciembre celebré mis primeras Navidades en el Colegio Pío, al lado de Mons. Lasagna, quien me destinó a la Casa de Formación en Las Piedras, pocos kilómetros más allá.

Allí discurrieron, en un lugar pobre y sin comodidades, pero lleno de trabajo y de alegría, mis años de adolescencia y de la primera juventud, amargados tan sólo por la muerte trágica de Mons. Lasagna e iluminados por el resplandor del Sacerdocio, que me

fué conferido por el Eminentísimo Arzobispo de Montevideo, Mons. Mariano Soler, el 22 de enero de 1899.

Pocos meses antes había sido ordenado un compañero queridísimo y salesiano modelo, Don Guillermo Piani.

Hoy las Bodas de Oro sacerdotales de él se confunden casi con las mías, siendo él el benemérito Arzobispo y Delegado Apostólico de la Santa Sede en las Islas Filipinas.

¡Designios de la Divina Providencia!

### CAPÍTULO III

## EFLORESCENCIA SALESIANA

### LOS COOPERADORES

Yo no tuve la suerte, que pude tener, de convivir algún tiempo con Don Bosco. En cambio tuve la de verme rodeado entonces y guiado por Salesianos y Superiores formados por Él, cuya vida y actividad eran un espejo de la vida y de la actividad del Santo Fundador.

Para ellos Don Bosco era algo viviente y su ejemplo y el programa fijado por él al despedirlos en su dispersión por el mundo, constituían un verdadero Evangelio.

En este programa se destacaban dos puntos: la formación de vocaciones locales y la organización de los Cooperadores Salesianos.

El cumplimiento de estos dos puntos explica en gran parte la casi milagrosa eflorescencia salesiana al través de las Américas desde el Canadá a la Tierra del Fuego.

Yo mismo pude ver más tarde con mis ojos este

sorprendente desarrollo en mis viajes de un cabo al otro del Nuevo Mundo.

Refiriéndome a los Cooperadores Salesianos tengo presente, como si fuera de ayer, el recuerdo de los Congresos Internacionales de Cooperadores Salesianos, en los que intervine personalmente en Buenos Aires, en Santiago de Chile y en San Pablo (Brasil).

La Unión de Cooperadores Salesianos es uno de los tres elementos constitutivos de la Obra genial de Don Bosco, al lado de la Sociedad Salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora.

Descuidarla sería herir casi mortalmente la Obra de Don Bosco. Cuando Don Bosco la fundó, o mejor dicho, cuando ella nació con la Obra misma, pues Mamá Margarita fué la primera cooperadora, se puso en movimiento la vanguardia de lo que sería más tarde el gran ejército de la Acción Católica organizada y reglamentada por el grande amigo de Don Bosco, el Papa Pío XI.

Voy a resumir esos recuerdos:

EN BUENOS AIRES (1900)

¡Con cuánto entusiasmo preparamos nuestros coros en el Colegio de San Isidro de Las Piedras para incorporarlos en la masa coral del Congreso Internacional de Cooperadores Salesianos, celebrado en la Capital de la Argentina el año 1900, con ocasión de las Bodas de Plata de la Obra Salesiana en aquel gran País!

¡Qué influencia tan honda ejercida sobre nuestros jóvenes corazones por el entusiasmo de las asambleas,



por la personalidad de los varones ilustres allí presentes, por la eficiencia de la elocuencia de los más grandes oradores eclesiásticos y seculares!

Todavía resuena en mis oídos el eco de la palabra de Mons. Cagliero y del Obispo argentino Mons. Benavente desde el púlpito de la Catedral.

Todavía siento vibrar en mí la elocuencia del grande tribuno argentino el Dr. Emilio Lamarcà, de Mons. Mariano Soler, Arz. de Montevideo y, sobre todo, la del gran vate uruguayo, de fama universal, Don Juan Zorilla de San Martín.

Se notaba y se sentía allí la falta de Mons. Lasagna. Pero su grande figura revivió en las frases de los oradores uruguayos y en particular de uno que había sido preferido alumno suyo en el Colegio Pío, quien terminó diciendo: "¡El gran corazón de Mons. Lasagna dejó de trabajar cuando dejó de latir!"

Había venido de Turín el que debía ser el segundo sucesor de Don Bosco, Don Pablo Albera, en representación de Don Rúa acompañado por el Maestro Dogliani para dirigir la masa coral.

Destacábanse entre los presentes los heroicos Misioneros de la Patagonia, Mons. Fagnano, Don Milanesio y Don Beauvoir y con ellos Don José Vespignani, el forjador de las primeras generaciones salesianas argentinas.

Nosotros, jóvenes, mirábamos y admirábamos estas grandes figuras con el propósito de imitarlas, si no de igualarlas en nuestro porvenir salesiano.

El Congreso terminó en el gran Santuario de Luján al pie de la Madre Celestial, que había hecho brotar, como una flor del Congreso, el Colegio de Artes y

Oficios León XIII en el barrio Belgrano, hoy uno de los más florecientes en Buenos Aires.

Era el regalo de los Cooperadores Salesianos.

#### EN SANTIAGO DE CHILE

Una tarde de fines del año 1909 mi Inspector, Padre José Gamba, el buen Padre Gamba, me dice: "Vete a representar el Uruguay Salesiano en el Congreso Internacional de Cooperadores en Chile. De paso acompañarás a Mons. Santiago Costamagna desde Buenos Aires".

Acepté la orden con alegría. Representar a mis Hermanos, cruzar los Andes por donde un siglo antes había ido el ejército Libertador del General Don José de San Martín y seguir al través de las Pampas la ruta seguida en los años 1830-35 por Mons. Mastai-Ferretti, más tarde Papa Pío IX, era algo que me halagaba en extremo.

El único punto algo oscuro era la compañía de Mons. Costamagna, cuya rigidez de carácter exagerada por las malas lenguas me tenía algo alarmado.

A la verdad él, hablando conmigo un día había dicho: "Ego sum canis latrans", yo soy un perro que ladra: el perro fiel, se entiende que ladra contra los lobos, que eran para él todo aquello que podía afectar la disciplina, las buenas costumbres, las faltas de liturgia, etc., etc.

¡Querido Mons. Costamagna! ¡Cuán diferente yo lo encontré en la intimidad de aquel largo viaje. Era hombre de piedad sólida, de amor ardiente a todo lo eclesiástico, hijo fidelísimo de Don Bosco, apóstol de

un celo ardiente, y en la intimidad tan efusivo y sincero que parecía un niño.

¡Con cuánto interés oía yo sus relatos de cómo Don Bosco lo escogió y recogió en su pueblo natal para hacer de él un hijo predilecto y una lumbrera de la Sociedad Salesiana! Me iba relatando con una confianza que me sorprendía, su inmensa labor en la Argentina, en Chile, en las Misiones del Ecuador y en sus visitas al Perú, Bolivia, Estados Unidos, etc.

Profesaba una devoción filial a María Santísima. Recuerdo que, mientras la locomotora jadeante nos llevaba hacia la cumbre de Los Andes, al pasar por cierto paraje me refirió lo siguiente: "Al llegar aquí a lomo de mula en uno de mis viajes anteriores, nos sentamos mi secretario y yo al pie de aquellos árboles. Un poco más abajo, sentados en la pradera, unos pasajeros hablaban en voz alta y uno de ellos soltó una blasfemia tan horrible que no pude contenerme y lo increpé".

Debió de haber sido muy fuerte "el ladrido" de Mons. cuando el aludido se levantó y, desenvainando un cuchillo, vino hacia él en ademán amenazador.

Monseñor le aguardó, si bien el secretario había tomado las de Villadiego. "Instintivamente, siguió diciendo Mons., metí la mano en el bolsillo buscando el rosario, lo que le hizo pensar al agresor en un arma de fuego que lo impulsó a retroceder. La Virgen me había salvado."

El Congreso de Santiago de Chile fué también un triunfo por el número y calidad de los asistentes en el Aula Magna de la Universidad Católica, por la elocuencia de los oradores entre los que se destacó el

célebre Obispo de Ancud, Mons. Jara y por la resonancia en la prensa y la sociedad chilena.

Al éxito del Congreso contribuyó eficazmente un grupo de ex-alumnos salesianos dirigidos por el sacerdote oriental Luis Héctor Salaberry S. D. B.

Nuestros ex-alumnos son nuestros mejores cooperadores. Descuidarlos sería descuidar el fruto de nuestros sudores y de nuestro amor. Don Bosco nos dió ejemplo de interés paternal para con la juventud formada en nuestros colegios.

Un último recuerdo significativo de la piedad honda de Mons. Costamagna. En la cumbre de Los Andes, que debíamos cruzar en mula, nos sorprendió una verdadera tormenta de nieve. Íbamos todos embozados contra el viento helado.

El único que se detuvo ante el Cristo de Los Andes, apeándose de la mula y arrodillándose en la nieve ante la imagen del Salvador, fué Mons. Santiago Costamagna.

#### EN SAN PABLO (BRASIL)

Por iniciativa del Inspector Salesiano, Padre Pedro Rota, S. D. B., se celebró en 1915 el vigésimo aniversario de la catástrofe ferroviaria que tronchó en flor la vida de Mons. Lasagna, de su secretario, Padre Villaarmil y de cuatro hermanas salesianas con un doble acto: el Congreso Internacional de Cooperadores en San Pablo y la inauguración de un modesto monumento sobre la tumba de las víctimas en el lugar del desastre (Juiz de Fora).

De nuevo mi Inspector, el buen Padre Gamba, me

dijo: "Vete a representar en ambos actos al Uruguay Salesiano." Puede suponerse con cuánto placer acepté.

Llegué a Río de Janeiro desde Montevideo la vigilia de las Fiestas Jubilares del Cardenal Arcoverde, en las que intervinieron, como era natural, los 300 alumnos de nuestro Colegio de Santa Rosa vistosamente uniformados.

Se comportaron tan bien que el Director les premió por la tarde con un paseo por la bahía en la "Barca Séptima" de triste memoria.

Por un descuido del piloto la Barca con los 300 alumnos a bordo fué a chocar contra un escollo a flor de agua que abrió en la quilla un rumbo tan grande que en pocos minutos la barca se hundió. A pesar de la obra de salvamento, 27 alumnos con un heroico hermano salesiano perdieron la vida. Este hecho arrojó una sombra sobre los actos salesianos que se iban a celebrar.

Cuando dos días después yo fuí a San Pablo a recibir al Padre Rota en la estación, vi que traía reflejado en el rostro todo el dolor por tan grande catástrofe.

Cumplo con el deber de dedicar aquí un recuerdo lleno de gratitud y admiración a esta gran figura de Salesiano. Me ligan a él lazos de un afecto que el tiempo nunca borrará.

Había sido mi Director en los primeros pasos de mi vida salesiana en el Uruguay. Le había acompañado en un viaje a Italia para la coronación de María Auxiliadora en el Santuario de Turín. Había mantenido una constante correspondencia con él.

Pocas veces me topé en la vida con hombres de su

temple, dotados de tan eminentes cualidades intelectuales, morales y artísticas. Mente robusta, penetrante y de vasta cultura; varón de una prudencia y don de gentes singular, dominaba en seguida con su personalidad el ambiente. En la música sus producciones rayaban en lo genial. Su obra maestra fué la Misa Fúnebre compuesta con ocasión de la muerte de Mons. Lasagna. Se desbordó en ella su amor al finado y su talento musical que él mismo había cultivado casi sin maestros.

Su fecunda actividad salesiana se reveló en el Uruguay como Director, en el Brasil, en Piamonte y en Portugal como Inspector Salesiano. Coincidió su misión con una de las épocas más revolucionarias y anticlericales de este último país. A pesar de ello su tacto mantuvo a flote la obra de Don Bosco, junto a cuyo corazón se había formado el suyo. Pero su fibra se quebró.

En una cartita que desde allí me envió a Nueva York, la última, me decía: "Mira a qué estado me ha reducido esta dolencia tan cruel y molesta!"

Cuando llegó la última hora reunió a los Hermanos en derredor de la cama y, siendo él un modelo de vida salesiana, les pidió perdón por las faltas que hubieren notado en ella. Sus restos descansan a orillas del Tajo lejos de su hogar en Lu (Piamonte) convertido hoy en Colegio de las Hermanas Salesianas.

Como los anteriores, el Congreso de San Pablo constituyó un triunfo. No podía ser de otro modo en aquel gran país fecundado por la sangre de las víctimas de Juiz de Fora. Entre los varios oradores sobresalía la figura juvenil del Arzobispo de Cuyabá, Mons. Aqu-

no Correa, S. D. B., miembro de la Academia Literaria Nacional y uno de los más conspicuos hombres de letras en Brasil. En su magnífica oratoria vibraba su corazón salesiano.

El Congreso se efectuó en el Liceo del Sagrado Corazón, uno de los más grandes de la Sociedad. Constituía la mejor sede de aquel Congreso inolvidable.

Unos días más tarde en Juiz de Fora, mientras yo dirigía la palabra a la muchedumbre de Cooperadores y amigos congregados allí, cruzaba lenta y silenciosa en la vía férrea, a pocos pasos de distancia, una locomotora seguida de un tren de mercancías. Al verla pasar surgió más vívido en la mente de todos el recuerdo de lo que había pasado allí 20 años antes...

## CAPÍTULO IV

### POR EL MAR DÉ LAS BALLENAS

#### HACIA EL SUR

De regreso de Italia a fines de 1910, Mons. José Fagnano S. D. B., Prefecto Apostólico del Territorio de Magallanes, se detuvo en Montevideo para solicitar del buen Padre Gamba, Inspector, un predicador para los Ejercicios Salesianos de fin de año.

A mí me tocó en suerte el ser elegido y unos días más tarde un trasatlántico inglés nos llevaba por las aguas agitadas de los mares del Sur.

Durante aquel viaje pude conocer a Mons. Fagnano íntimamente.

Era el prototipo del apóstol "piamontés". Fornido y robusto, como los de su raza; dotado de voluntad de acero; más elocuente en hechos que en palabras; hombre de negocios que él sabía dirigir y subordinar al negocio supremo de las almas, en el que se había ejercitado junto a Don Bosco. Mons. Fagnano fué una de las figuras más características con las que tropecé en mi vida.



Me relató su historia íntima de seminarista en un Seminario Diocesano de Piamonte. Estuvo allí en un tris de ser arrastrado por la corriente de la guerra de la Independencia Nacional. Por suerte la Providencia le llevó a Don Bosco que templó su fuerte carácter en la fragua del Apostolado Misionero. Veremos en seguida cómo lo ejerció.

Después de una breve parada en Port Stanley (Islas Malvinas) donde el Padre Migone S. D. B., uruguayo, con una Comunidad de Hijas de María Auxiliadora, evangelizaba la escasa población de aquel Archipiélago, el barco nos llevó a la entrada del estrecho de Magallanes, iluminada por dos grandes faros, argentino uno, y chileno el otro, que afirman y vigilan la línea divisoria entre esos dos países.

Por aquí había cruzado en la primera mitad del siglo XVI el descubridor Magallanes y por aquí Carlos Darwin, a mitad del siglo pasado, había cruzado también, dando el nombre de Tierra del Fuego a la gran isla sureña iluminada por las hogueras de las tribus.

Unas horas más tarde desembarcábamos en Punta Arenas, centro de operaciones de Monseñor.

Simple colonia penal chilena, al llegar allí el Padre Fagnano veintidós años antes, había evolucionado en floreciente ciudad con la riqueza de oro de sus ríos, de madera de sus vastas florestas, de lana y de pesca de ballenas abundantes en sus mares.

Pude en aquellos días visitar la Comunidad Salesiana de Porvenir en la Tierra del Fuego y la próxima "laguna de los Cisnes" que surcan por millares sus aguas en cándidas bandadas.

Mons. Fagnano dispuso que todos los Salesianos se encontrasen para los Ejercicios en la isla Dowson, punto de concentración de los indios onas y alacalufes.

#### ENTRE LOS INDIOS

La embarcación que nos llevaba con provisiones echó anclas en aquella hermosa mañana de primavera, (diciembre), en la bahía de Punta San Valentín, al norte de la isla.

Tengo fresca en el alma la impresión de aquellos momentos. Sobre el espejo tranquilo de las aguas rizadas apenas por la tenue brisa, reflejábanse los tintes de la aurora. El ladrido de los perros de la Misión nos saludaban desde la barranca donde se perfilaban las siluetas de los Hermanos e indios despertados por el toque de la sirena del barco. Más allá los blancos edificios de la Misión coronados de cerros cubiertos de florestas vírgenes. Un espectáculo de tanta belleza y romanticismo que nunca olvidaré.

¡Con cuánto amor fuimos recibidos y cuán espléndidamente tratados por aquellos buenos Hijos de Don Bosco aislados y casi perdidos en aquella remota parte del mundo!

Por la tarde Monseñor con la mayoría de los Hermanos siguió en barco hacia San Rafael, centro de la Misión. Yo preferí ir con otros a caballo por un sendero que serpenteaba a veces a orillas del mar, a veces en el espesor de la floresta virgen. Un grupo de indios "alacalufes" nos seguía a lo lejos en canoas, pescando moluscos, su manjar preferido, con largas cañas puntiagudas.

Me habían ponderado mucho la Misión Central de San Rafael. Pero la realidad que se me presentó excedía en mucho las ponderaciones.

La estoy viendo. A mis espaldas la amplia bahía "Darris", base naval de la Misión. Frente a mí la entrada central que llevaba a la plazoleta dominada por la Capilla de madera con su esbelta torrecita; a su derecha la Casa de las Hermanas con escuela y talleres para las indias y a la izquierda la Casa de los Salesianos con Escuela para los indios. Más allá talleres de carpintería, herrería y aserradero en los que los Hermanos adiestran en el trabajo a los indios. Para ellos se habían construído varias casitas bien alineadas a lo largo de la entrada. Una verdadera población ideada por la mente práctica de Mons. Fagnano y realizada por el esfuerzo de los Salesianos. Es difícil medir este esfuerzo para los que no tienen idea de las distancias y de las dificultades de transporte. ¡¡Recuerdos inolvidables!! Se me había confiado la asistencia durante el día de un grupo de indiecitos con los que hacía excursiones por los cerros adyacentes o paseaba en canoa por las aguas de la bahía. Cómo admiré la obra de las Hijas de María Auxiliadora elevando a las indias de su estado pagano y salvaje a las alturas de la civilización cristiana. Tendré que evocar más tarde los recuerdos personales de estas admirables religiosas a las que encontré compitiendo con los Salesianos en celo y actividad en otras partes del mundo.

## EN LA CUMBRE DEL CERRO

“Pedro, prepara los caballos”, ordenó una tarde Mons. al indio, invitándome a acompañarle a la cumbre del cercano cerro de San José, de unos 700 metros de altura. Una vez allí nos sentamos los dos sobre la verde grama teniendo enfrente hacia el Este la vasta isla de la Tierra del Fuego, a la izquierda hacia el Norte, la blanca mancha de Punta Arenas, apenas visible, hacia el Sur, la importante cadena de las montañas Darwin, coronadas de nieve y a nuestras espaldas el sol que bajaba sobre las aguas del Pacífico.

A nuestros pies, cruzándose y entrecruzándose, la red de lazos azules de los canales que entrecortan las Islas e Islotes del Archipiélago de Magallanes. Este amplio y magnífico panorama era el escenario de las actividades de un cuarto de siglo del apóstol que tenía a mi lado.

“Cuénteme su historia”, le dije, y me la contó.

La visión de la escena, la tranquilidad del lugar y de la hora despertó los recuerdos que subieron en bandadas de su memoria. Mientras hablaba señalaba con la punta del dedo el lugar de los sucesos.

“Fué allá, señalando el Norte de la Tierra del Fuego, adonde llegué por primera vez en compañía de una Expedición Militar Argentina”. También el Padre Costamagna un poco antes había acompañado al Gral. Julio Roca en su célebre Expedición Militar a la Patagonia.

“Yo, como él, siguió diciendo, hube de oponerme al uso de la fuerza contra los indios, lo que me valió el ser arrestado por el Capitán de la Expedición, de

la que me separé para conquistar los indios por los caminos del amor”.

A medida que seguía la narración su rostro se encendía; su palabra se enfervorizaba y en sus ojos parecía reflejarse la sucesión de los recuerdos. Yo me sentía como hechizado por algo que se irradiaba de su grande personalidad apostólica.

Bajamos del cerro cuando el sol se ponía. De repente se detiene frente a las casitas de los indios desde las que un grupo reducido de niños y niñas le saludaba. Me toma firmemente de un brazo para decirme: “Mira hijo: hace doce o quince años centenares de ellos me rodeaban al llegar yo aquí. Hoy su número se ha reducido, como lo ves. Ellos constituían mi esperanza de preservación de la raza”.

Su voz comenzó a temblar y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando apuntando a las muchas crucecitas del cementerio de la Misión agregó: “Casi todos duermen allí tronchados en flor por enfermedades pulmonares heredadas y transmitidas a sus padres por la llamada civilización laica”.

¡Pobres razas indias! contaminadas por enfermedades infecciosas y más que diezmadadas por las armas de fuego de la civilización.

“¿Dónde naciste, Bracito?” —le pregunté un día a un indio alacalufe, bajo y fornido, avezado a bogar por los canales con los de su stirpe.

“Allá” contestóme señalando la Tierra del Fuego con un toque de nostalgia.

“¿Y tu papá y tu mamá?” Una mueca siniestra, expresiva de dolor, rabia y venganza cruzó su rostro y una luz no menos siniestra brilló en sus ojos.

Como quien apunta con un arma de fuego, le salió de la garganta un "Buum", entre bramido y aullido.

Efectivamente se había llevado a cabo por los criadores de ovejas una verdadera "caza de indios", pagándose una esterlina por cada par de orejas. Se les quería exterminar porque robaban una que otra oveja de sus rebaños.

¿Las robaban? Habían sido expulsados por la fuerza de los vastos territorios, su morada secular, que les ofrecía caza abundante de "guanacos" con el alimento de sus carnes y la protección de las pieles. Necesitaban comer y allí estaban por millares las ovejas de los invasores.

¡Pobres razas indias! En todas partes fueron pereciendo al contacto de la "civilización", cuando entre ellas y la civilización no se levantaba el signo de la cruz.

## CAPÍTULO V

### BODAS DE ORO

#### EN BUENOS AIRES

¡Qué honda satisfacción la del campesino frente a los trigales dorados que se mecen con la brisa, fruto de su sudor!

¡Fué la satisfacción que nuestros hermanos argentinos, y yo con ellos, experimentamos en 1925, durante la Reconcentración Escolar Salesiana en la histórica Plaza de Mayo, conmemorando las Bodas de Oro de los Salesianos llegados a Buenos Aires medio siglo antes!

Desde los balcones de la Casa Rosada (El Palacio Nacional), las altas autoridades civiles y eclesiásticas contemplábamos en una clara mañana de primavera un espectáculo único.

Desde la Plaza del Congreso, por la amplia Avenida de Mayo en largas columnas de cuatro y ocho en fondo venían desembocando en la Plaza de Mayo, para formar allí un mar de cabezas juveniles, millares y millares de alumnos y ex-alumnos de ambos sexos.

Se habían dado cita allí desde los numerosos Colegios de la Capital y de la Provincia juntamente con representaciones de Rosario de Santa Fe, Bahía Blanca, etc.

Dijo un día Lamartine frente a las masas del pueblo en marcha por las calles de París: "Son mis ideas que pasan".

Tenían pleno derecho los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora argentinos de afirmar en aquellos momentos: "Son el fruto de nuestra labor y de nuestro amor, estas largas filas juveniles en marcha".

Venían alternando sus cantos con las marchas de varias Bandas Salesianas. Desfilaban alegres y erguidos a las sombra de las banderas colegiales flotantes al sol. Hasta las Hermanas habían perdido su actitud habitual modesta y recogida para asumir una actitud valiente y marcial al frente de sus alumnas.

Con razón se le dió en el programa de las fiestas Jubilares una preponderancia al tema de los Oratorios Festivos.

Me había tocado a mí en una Asamblea del Teatro Colón, si mal no recuerdo, el desarrollo de este tema. Lo sentía hondamente al través de mi misma experiencia en las largas horas de vida salesiana en los Oratorios Festivos.

Fué el doctor Magnasco, Ministro de Educación, quien presidía la asamblea el que demostró un interés vivísimo por esta Institución, matriz de la Obra Salesiana.

¡El nivel del éxito de ésta, sube y baja con el subir y bajar del interés que los Salesianos y las Hermanas se tomen en los Oratorios Festivos!



## EN MONTEVIDEO

Uruguay y Argentina se codean también en lo Salesiano.

El Padre Cagliero había desembarcado con la primera expedición en Buenos Aires en 1875. Al año siguiente el Padre Lasagna en Montevideo. Así el árbol salesiano creció en ambas márgenes del Plata con el mismo ritmo, en relación a la importancia de ambos países.

Celebramos las Bodas de Oro en Montevideo en 1926. Contaba 50 años yo también, siendo Inspector en el Uruguay-Paraguay.

Me olvidé de esa edad al marchar juvenilmente por la Avenida 18 de Julio al frente de los 3.000 alumnos y alumnas salesianos de los doce Colegios de la Capital y alrededores.

El pueblo se apiñaba en las aceras admirando y aplaudiendo. Desde un balcón de su residencia el mismo Presidente de la República Don José Batlle y Ordóñez, el anticlerical que había dado tanto que hacer a la misma Sociedad Salesiana miraba y admiraba el desfile. Lo que pasaría en su alma Dios sólo lo vió.

Yo sé que en adelante cambió su actitud hacia la Obra de Don Bosco. Hay en ella tanto de genial, popular y adaptado a las necesidades del ambiente contemporáneo que conquista el amor de todos y la admiración de los mismos enemigos de la causa católica.

¡Días gloriosos los de las Bodas de Oro Salesianas que se reflejaron desde ambas capitales sobre las aguas del Río de la Plata que las une!

## CAPÍTULO VI

### DE LA POESÍA A LA PROSA

#### EN LA RUTA DE SAN IGNACIO

En la carta de obediencia que me nombraba Inspector de los Salesianos en el Uruguay y Paraguay, recibida en marzo de 1922, se destacaba para mí la frase siguiente del venerado Rector Mayor Don Felipe Rinaldi: "Al visitar el Paraguay estudia la posibilidad de una Misión entre los indios cuya suerte la Santa Sede acaba de confiarme".

Esta frase despertó en mi imaginación toda la poesía del libro de Antonio Muratori: "El Cristianismo Feliz", que yo había devorado en mi niñez. Había envidiado entonces el apostolado de los hijos de San Ignacio remontando los grandes ríos y penetrando en las espesas florestas del Paraguay, hasta fundar las célebres "reducciones de indios", destruídas por el inicuo Decreto, forjado en las Logias y afirmado por el Rey de España Carlos III, que aniquilaba de una plumada esta obra magnífica de civilización.

Ahora me tocaba a mí remontar aquellos ríos y pe-

netrar en aquellas florestas para reanudar la obra de los gloriosos hijos de San Ignacio.

Algunos meses más tarde me encontraba en el alto Paraguay. Quería ver con mis ojos y palpar con mis manos las dificultades y los riesgos de la empresa, antes de embarcar en ella a mis Hermanos.

Funcionan a lo largo de la orilla derecha del gran río, empresas industriales de elaboración de tanino, de corte de maderas y de cría de ganado: Entre éstas últimas, una administrada por cierta familia piemontesa en un punto llamado "Puerto Voluntad". Me habían hablado de una numerosa Concentración de indios "Chamacocos" a unos 50 ó 60 kms. al Oeste, en el interior del Chaco.

Don Nicolás, no sólo me ofreció amplia hospitalidad, sino un guía seguro para conducirme hasta el lugar probable de los indios.

Hicimos el largo viaje parte en canoa por las aguas del río desbordadas por muchos kilómetros, y parte a caballo. Era la estación de la sequía, y la toltería chamacoca había fijado su morada a orillas de una gran laguna que le proporcionaba agua y pesca.

Columnas de humo que se desprendían de la floresta nos revelaron el lugar de los indios y a él nos condujo un estrecho y tortuoso sendero. Fuimos recibidos con una sorpresa llena de frialdad y sospecha. Nadie salió a recibirnos más que una jauría de perros tan demacrados que podían contárseles las costillas.

Tan sólo cuando yo fuí sacando de unas alforjas los regalos destinados a ellos, se fueron acercando los niños y niñas primero y todos después, apiñándose en mi

derredor. Casi me desmayé, con el calor sofocante y el perfume que los indios despedían.

Fuí visitando la "toldería" al aire libre, pues cada familia vivía al pie de un tronco de árbol cuyas ramas eran la percha de sus escasos enseres.

Al contemplar tanta miseria, tanta desnudez, tanta suciedad, tanta ignorancia y al sentirme atacado por una verdadera invasión de insectos, progenie de la convivencia humana y perruna, la poesía de Muratori comenzó a volverse realidad prosaica.

Después de haber cenado algo mi compañero y yo a orillas de la laguna, en un minúsculo campamento improvisado, volvimos de noche a estar con ellos. ¡Qué cena, Dios mío! Los fuegos encendidos al pie de cada árbol iluminaban con luz incierta la escena y las siluetas humanas que allí se movían. El cantor, un indio semidésnudo, alto y fornido, me brindó con sus melodías harto imitativas del rugido de la tormenta y de la gritería que acompaña la caza del tigre. Mis pobres tímpanos eran la víctima de tales gritos y aullidos.

En seguida yo les brindé con algunos de nuestros cantos y precisamente con la canción clásica del Mes de María.

Por primera vez el eco de este nombre dulce vibró en la floresta y penetró en las almas de los indios que me escuchaban sorprendidos y satisfechos.

## FRENTE A LA REALIDAD

Aquella noche casi no pegué los ojos por lo incómodo y extraño del lecho en el suelo, por los ruidos misteriosos de la noche y el graznar de aves nocturnas y, sobre todo, por la preocupación del formidable problema que se me planteaba de elevar el nivel de estas pobres criaturas a la altura de la civilización cristiana. Iban pasando por mi mente las dificultades económicas, lo difícil de la evolución de sus hábitos, tradición, creencia y psicología hacia lo nuestro y recordaba los esfuerzos frustrados de los Hijos de San Ignacio un siglo y medio antes; frustrados por la inestabilidad de las tribus forzadas a cambiar de morada con el alternarse de las estaciones de lluvia y de sequía.

Veía al través del tupido velo del mosquitero la luna cruzar por el cielo. Esa dulce imagen de María, "hermosa como la luna" me hizo pensar en la Madre invocándola. Pensando en ella pude entregarme a un corto sueño.

Con sorpresa vimos al amanecer al indiecito que había participado de nuestra cena la noche anterior, profundamente dormido sobre las cenizas aún calientes. Era un pequeño esclavo arrebatado por sus amos a otra tribu y tratado por ellos con extrema crueldad. Sentí una honda piedad para con aquella pobre criatura. Cuando se despertó, señalándole mi caballo, le pregunté con ademanes si quería ir conmigo. Contestó afirmativamente.

Cuando mi guía fué a proponer la compra a su ama, una procesión de indias salió corriendo hacia nosotros de la floresta. El indiecito, temblando de terror se

prende de mí. Trato de convencer, todavía con señales, a las mujeres que lo arrancan de mi lado. Para halagarlas más meto la mano en el bolsillo con intención de mostrarles dinero. Ante este ademán "mal interpretado" huyen las mujeres despavoridas arrastrando al pequeñuelo.

Supe más tarde que si hubiera vuelto a la toldería, donde había corrido la voz de que yo era un secuestrador de niños, mi vida hubiera prosaicamente terminado a manos de los mismos indios que me habían brindado con sus canciones la noche anterior.

#### FRENTE AL DILEMA

Al regresar por la tarde entre columnas de polvo desprendidas de las patas de los caballos, una duda flotaba en mi espíritu.

La voz de la prudencia humana, haciendo desfilar uno por uno los obstáculos de la empresa, me aconsejaba la negativa. En cambio la voz de la obediencia, los deseos de la Santa Sede y, por encima de todo el mandato de Jesús: "Id y enseñad . . .", en una palabra, la voz de Dios me decía: "Pon manos a la empresa".

Fué la voz que yo seguí.

## CAPÍTULO VII

### VENID Y VAMOS TODOS

#### CONTABA CON UN HOMBRE

El Sacerdote Salesiano paraguayo, Reverendo Padre Emilio Sosa Gaona S. D. B. Le conocía íntimamente por haber sido mi alumno antes y mi Colaborador después en la Casa Inspectorial. Joven, virtuoso, celoso, prudente y de una voluntad de acero puesta al servicio de Dios.

Le propuse el cambio de Director de un importante Colegio por el de "Empresario" de la dura empresa entre los indios del Chaco. Me contestó como Samuel: "Héme aquí; envíame".

Unos meses más tarde habíamos iniciado la obra en el islote Napegue del río Paraguay. Concentramos un centenar de indios "angaytés". Allí se reveló el Padre Sosa y pude comprobar pronto con grande satisfacción, el éxito inicial. Los indios habían sido cautivados por el sistema preventivo de Don Bosco. Pero era un comienzo provisional. Pronto la creciente del río nos

obligó a la compra de un vasto y fértil terreno frente al islote en la orilla izquierda.

En ella el Padre Sosa con dos compañeros Salesianos inició definitivamente la Misión de "María Auxiliadora". No acierto a describir las dificultades, los sufrimientos y las privaciones de aquel comienzo.

Organizar una pequeña población con capilla, Casa para los Salesianos, Escuela para los indiecitos, morada para los indios y más tarde Casa para las Hermanas a aquellas distancias donde dominaba antes el bosque virgen, es algo indescriptible.

La transformación gradual de los indios era evidente. Se fueron acostumbrando al idioma castellano, a la vida sedentaria, a una agricultura rudimental y, lo que más importa, a la práctica de la vida cristiana. Cada visita periódica mía era premiada con el goce de nuevos progresos.

Había llegado de Italia otro apóstol: el Rev. Padre Livio Farina, S. D. B. Joven también, entusiasta en extremo, enamorado de los indios, dispuesto a los mayores sacrificios, mereció que le confiara el cuidado de la parte más norteña del Chaco, desde Puerto Sastre a Bahía Negra. En mis excursiones con él a las tribus me convencí que los Superiores habían enviado un tesoro.

Los indios le amaban como a un padre. Le habían bautizado con el nombre de "Hijo del Sol", a causa de su cabello rubio. Durante un viaje a Italia recogió un mundo de regalos para sus indios, entre ellos una lanchita de vapor, la "María Auxiliadora".

¡Pobre y amado Don Farina! Sorprendido por una fiebre mortal durante una visita a sus indios, apenas



pudo llegar a orillas del río Paraguay para morir y recibir el premio de su labor.

#### UN BAILE EN SU HONOR

En honor de las Hermanas.

Ellas eran en la Misión lo que en una familia la Madre. Endulzaban la vida de los indios con su ternura y bondad.

El Director de la Misión debe ejercer a menudo la autoridad para con ellos. El indio por naturaleza y por hábito es indolente, goloso, taimado, ladronzuelo e inconstante y susceptible. Para acostumbrarle a vencerse se necesita la autoridad, píldora que ellos no tragarían si las buenas Hermanas no se la dorasen.

Por esto les profesaban un amor filial y un día quisieron demostrárselo.

“Padre, me dicen, queremos ofrecer un baile a las Hermanitas”.

“¡Un baile! ¿Cuándo? Y ¿en dónde?”

“Esta noche en el bosque”. Efectivamente cada grupo de indios prepara a una cierta distancia de la toltería en el secreto de la floresta un espacio que es su “salón de baile al aire libre”.

Me costó mucho convencer a las Hermanas para un asunto tan extraordinario.

Guiados por la claridad de la luna y la luz de un farol seguimos por el sendero que desemboca en el lugar. Un gran fuego lo ilumina. Los indios están listos. Divididos en tres grupos los hombres, los jóvenes de ambos sexos y los niños y niñas forman tres círculos; el de los hombres con el simple poner la mano

derecha sobre el hombro izquierdo del vecino y los otros en círculo cerrado entrelazando las manos detrás de las espaldas del vecino.

Las mujeres, no sé por qué, no intervienen. Sentadas junto al fuego con aire de indiferencia dan cuenta de sus largos cigarros. A una señal comienza el baile. Los hombres se pasan en voz baja palabras y frases misteriosas de uno a otro sin moverse, los jóvenes y niños inician el canto de una frase rítmica repetida y comienza a moverse en derredor hacia la izquierda con un movimiento lento al principio, alegre después, luego rápido y finalmente vertiginoso hasta detenerse poseídos por el cansancio y por el vértigo que los obliga a tenderse sobre el suelo.

Después de un razonable descanso vuelven a repetir la operación.

Sus voces alegres cunden por el silencio y la serenidad dejando en mí y, más aún en las Hermanas, una honda impresión. Les agradecí en nombre de ellas y regresamos dejándoles prolongar su diversión casi hasta la madrugada.

#### TOMASITO

Me prestó grandes servicios. Era un ex-cacique de la Tribu de los Chamacocos de Bahía Negra. Lo encontré en Fuerte Olimpo en el extremo Norte del Chaco paraguayo.

Necesitó un año para aprender los rudimentos necesarios para recibir el bautismo, pues nunca acertaba con lo de la Unidad y Trinidad de Dios, siendo a veces una persona y tres Dioses, y viceversa. Venciendo

mil dificultades, pude por fin bautizarlo. Un día le dije: "Tomasito, ¿me acompañas en un largo viaje a Asunción, Buenos Aires y Montevideo?". Un nó instintivo le cruzó la cara y los ojos, sin manifestarlo. Tan sólo después de muchos halagos, el *no* se volvió *sí*.

Su convivencia por varios meses me fué en extremo útil. Pude enriquecer el vocabulario y hasta preparar un rudimento gramatical suficiente para que el célebre lingüista, Prof. Trombetti de la Universidad de Bologna, me estimulase a un estudio más hondo de una lengua que ofrecía para él características muy interesantes.

Pude también arrancarle verdaderos secretos respecto de la vida y hábitos de su tribu, que dejé consignados en un opúsculo impreso en Turín. Además la presencia del indio, particularmente en salones públicos y teatros, contribuyó a excitar el interés por la Misión y la ayuda económica tan necesaria para afrontar sus gastos.

Cuando lo presentamos a Humberto, el Príncipe heredero de Saboya en su visita a la Casa Inspectorial del Uruguay él, sintiéndose cacique, le dió la mano diciéndole solemnemente: "¿Cómo te va?". Fué todo su discurso.

No faltaron contratiempos en su compañía y en su proceder. Podían sobrellevarse en vista de las ventajas.

Cuando se desprendió de mí en la estación de Concordia (ciudad argentina sobre el río Uruguay) para regresar con el salesiano Padre Benito Contegrand a sus florestas, me echó los brazos al cuello, se le humedecieron los ojos y con voz temblorosa me dijo: "Adiós, paí (padrecito)".

Yo también me emocioné ante aquella expansión, excepcional en la frialdad del indio.

En una de las leyendas que me refirió y que publiqué se halla quizás la explicación histórica de la muerte trágica de uno de los dos descubridores del Paraguay, Irala, muerto probablemente a manos de los "chamacos" en la región de Bahía Negra.

¡COLGAMOS NUESTRAS LIRAS...!

En junio de 1927 experimenté el más grande placer durante mis actividades en el Chaco, al bautizar a 27 indios "guanás", preparados por el Padre Farina y el Hermano Acosta en la región de Puerto Sastre (Alto Paraguay).

Al llegar a la Capital, Asunción, unos días después tuve la agradable sorpresa de visitar a dos Padres y a un Hermano Jesuítas, recién llegados de Buenos Aires e instalados modestamente en una casa de alquiler.

Muchas veces había insistido yo con sus Superiores uruguayos y argentinos para que volviesen al Paraguay, reclamados allí por los recuerdos inmortales de su obra misionera y por la sangre de sus mártires, primero entre ellos San Roque González.

Les decía que al pasar junto a las ruinas del Templo de San Ignacio en el territorio de misiones junto al río Paraná parecíame que de aquellos restos gloriosos, cubiertos hoy de vegetación tropical salían voces pidiendo a gritos su retorno.

Se había producido allí el milagro de las "Reducciones Jesuíticas", expresión triunfal del Cooperativismo Cristiano que había inspirado las páginas de

Antonio Muratori en su obra "El Cristianismo Feliz", lectura preferida de mi niñez en el Seminario.

Finalmente la Compañía de Jesús había vuelto.

Después de comer con ellos, visitamos la modesta Capilla y la minúscula biblioteca, dos elementos integrantes de toda Comunidad Jesuítica. Al tropezar entre las obras con los tres volúmenes de una historia de las Misiones Jesuíticas en el Paraguay, escrita por un miembro de la Orden, me llevé el tomo que se refería de un modo particular a los indios "guanás". Devoré por la noche aquellos capítulos. Describían una visita de dos religiosos a la tribu de los "guanás" por los años de 1760. Era entonces, como hoy una tribu pacífica y amante de una agricultura por cierto rudimentaria.

Los Misioneros levantaron en su tolдерía una rústica cruz y con la mano puesta en ella les prometieron volver cuanto antes de un modo definitivo.

En Asunción recogieron muy pronto lo necesario, con lo que cargaron una canoa emprendiendo viaje hacia el Norte. Al amanecer un día frente al lugar que hoy ocupa la Ciudad de Concepción, a unos 70 kms. al Sur de nuestra Misión de María Auxiliadora, pidieron a los remadores que los aguardasen hasta su vuelta, de un corto paseo por los alrededores.

Al regresar notaron con inmensa pena que la canoa había desaparecido. Los remadores no habían resistido la tentación de fugarse con tan precioso botín.

¡Pobres Misioneros! emplearon largos días para volver a pie, cruzando bosques poblados de jaguares y pantanos infestados por serpientes y víboras, hasta lle-

gar extenuados a Asunción, pensando en los indios y en su promesa no cumplida.

Cuando iban a emprender un nuevo viaje, el Gobernador de la Ciudad les mostró el decreto recién llegado de Carlos III, suprimiendo la Compañía de Jesús y ordenándoles la inmediata salida del Paraguay.

Termina el capítulo con la frase doliente de los judíos en el destierro: "Hubimos de colgar nuestras lirras de los árboles".

Debo confesar que se me llenaron los ojos de lágrimas pensando en ellos y en que, después de un siglo y medio, los Hijos de Don Bosco habían descolgado aquellas lirras y que me había a mí cabido en suerte el bautizar, como dije, a 27 descendientes de aquella tribu.

Poco antes me había llegado la orden de trasladarme a Nueva York.

Cuando fuí a despedirme definitivamente de los Hermanos, las Hermanas y los indios de la Misión de María Auxiliadora, todos me acompañaron al caer de la noche a la barranca del riacho Napegue. Mientras la canoa se deslizaba por las aguas tranquilas, los indios entonaron el canto del mes de María: "Venid y vamos todos". El eco de sus voces me recordaba el mismo canto entonado por mí cinco años antes en aquella noche entre los indios chamacocos de Puerto Voluntad.

## CAPÍTULO VIII

### DE LOS BOSQUES A LOS RASCACIELOS

#### SALTO CASI MORTAL

Efectivamente casi lo es el paso repentino de los bosques chaqueños a los rascacielos de Nueva York; de la primavera florida del Uruguay en noviembre al prelude frío y húmedo del invierno de aquella metrópoli; de la vida pausada y alegre del ambiente latino al vértigo de la vida febril y aguijoneada por el "negocio" en aquella tierra; del melodioso decir romántico-hispano al gutural y áspero anglo sajón; de la red de oro de relaciones y de amistades efecto de una convivencia de 34 años en el Uruguay a lo social enteramente desconocido de Estados Unidos.

Salto casi mortal, es verdad; pero no para la obediencia religiosa con alas que no conocen distancia. La obediencia es base y cúspide de la vida religiosa y obedecer es siempre reinar y triunfar.

Por cierto en lo humano sentí el duro contraste entre el desembarque en lugares desconocidos y entre gentes extrañas y la despedida afectuosa y entusiasta

de centenares de alumnos, ex-alumnos, cooperadores y amigos alineados en el muelle de Montevideo agitando blancos pañuelos mientras el barco se alejaba conmigo y se seguían las notas tan familiares de la Banda de música de los Talleres de Don Bosco.

Una sola cosa no me fué extraña al desembarcar, los brazos y la sonrisa fraternales de mis Hermanos que en el nombre y el amor de Don Bosco habían venido a recibirme.

Pocas veces aprecié tanto la fraternidad salesiana como en aquellos momentos.

#### EN LO NUEVO

En seguida comprendí que mi deber era el de adaptarme al ambiente, a las costumbres y a la lengua del país cuyos intereses salesianos se me habían confiado. Tenía presente en mi espíritu el conocido proverbio: "Si estás en Roma, acostúmbrate a lo romano".

Para los órganos vocales a los 52 años no es fácil masticar el inglés. Pero la necesidad tiene cara de hereje. Ni podía yo cumplir con mis deberes, ni podía propagar el nombre y la obra de Don Bosco, ni podía atraer la simpatía de la gente sino hablándoles en su idioma, ya que el idioma es el mejor lazo entre las almas.

No había aún Casa de Formación en la Inspectoría. Un pequeño grupo de novicios se hospedaba en un rincón del Colegio nuestro en la ciudad de Goshen, N. Y. Había que crear una.

No se había escrito en Estados Unidos una biografía



popular de Don Bosco para la Juventud. Había que hacerlo.

No se conocía bastante la obra de Don Bosco en los grandes Seminarios de Estados Unidos, cuya juventud la llevaría en el corazón y la propagaría en su futuro apostolado sacerdotal.

Una hermosa propiedad próxima a la ciudad de Newton en las alturas del Estado de New Jersey fué el lugar escogido para la Casa de Formación que dos años después bendecía solemnemente el Delegado Apostólico Mons. Fumasoni Biondi, hoy Cardenal. Al Rev. Padre Neil Boyton, S. J., le cupo la satisfacción de escribir para la juventud una espléndida biografía de Don Bosco con un premio del célebre hombre de Estado Al Smith, publicada en varias ediciones.

Yo mismo, con mis rudimentos de inglés, fuí recorriendo los principales Seminarios, es decir los de Nueva York, Newarh, N. J., Rochester, N. Y., Toronto (Canadá), Milwaukee, Wis., Chicago, Ill., Baltimore, Md. Era sorprendente el interés prestado a mi pobre palabra, tratándose de Don Bosco.

Me lastimaba una cosa: la imposibilidad moral de iniciar Oratorios Festivos en nuestros Colegios, por la rigidez de la Jurisdicción Parroquial, que no permitía a los niños de las Parroquias vecinas acudir al Oratorio. Don Bosco nos sugirió un sustituto: los "Campos de Verano". Son estos puntos de concentración de multitudes de niños en las montañas y a orillas de lagos para unas vacaciones alegres y saludables. Instituímos con grande éxito el "Campo de Verano" inspirado en el sistema preventivo de Don Bosco.

Mientras dicto estas líneas son cuatro los que fun-

cionan en los alrededores de Nueva York y son miles los jovencitos que los pueblan divirtiéndose y mejorándose en el nombre de Don Bosco.

## LA GLORIFICACIÓN

Esta propaganda salesiana, añadida a la ya existente cuando yo llegué al país, desembocó en una triunfal glorificación de Don Bosco en la fiesta de su Beatificación celebrada bajo los auspicios del Cardenal Hayes, Arzobispo de Nueva York, en la Catedral de San Patricio.

Desde el púlpito, frente a un auditorio apiñado en la Catedral, el sabio Obispo de Buffalo, Nueva York, Mons. W. Turner, pronunció el panegírico de Don Bosco, deteniéndose en su "Sistema Preventivo".

"Expresión, no impresión", fué la síntesis de su decir. Las buenas cualidades del educando deben germinar espontánea y naturalmente, como una flor, fecundadas por la religión y el amor vigilante y paternal del educador; no deben ser impuestas desde afuera, como algo ficticio y artificial, por el temor del castigo y el rigor de la autoridad. Lo primero permanece en la vida, lo segundo puede tener reacciones peligrosas en el educando cuando cese el influjo de la autoridad.

Durante el ágape fraternal en uno de los grandes hoteles de la Metrópoli voces autorizadas y amigas completaron las alabanzas de Don Bosco y de su obra.

¡Cuánta satisfacción en el corazón de los Salesianos y de quien dicta estas líneas al escuchar aquellas voces!

## CAPÍTULO IX

### BAJO LAS CÚPULAS

"BELLA ITALIA..."

El llamado del Superior, la Beatificación de Don Bosco y la dulce voz de la Patria que nunca muere, me llevaron a Italia después de veinticinco años de ausencia.

Cuando el vapor "Roma" entraba lentamente una luminosa mañana de mayo en la bahía de Nápoles, saturada de belleza, de historia y de leyenda, yo sentía vibrar en mi alma la estrofa de Metastasio:

*"Bella Italia, amate sponde,  
pur vi torno a riveder;  
trema in petto e si confonde  
l'alma oppressa dal piacer."*

Al vernos pasar en coche por las calles de Nápoles con vestido seglar, los muchachos nos señalaban con el dedo y con una mueca decían en voz alta: "¡los protestantes!"

Es la verdad que “el hábito no hace al monje”, pero la sotana es la divisa y el escudo del sacerdocio.

Se me ocurre aquí el recuerdo de un hecho sencillo y elocuente acaecido en una población de Sicilia durante la invasión militar de los aliados.

Una niñita se detiene a mirar con cierto interés al Capellán militar canadiense sentado en su “jeep”, fumando un cigarrillo. Tenía cuello romano.

Le dice la niña: “Tú no eres sacerdote, porque no vistes sotana”.

“Sí” le contestó el Capellán; “me la pongo cuando voy a celebrar”.

“Tú no eres sacerdote católico, porque los Padres no fuman” insiste la niña, acercándosele un poco.

“Fumo ahora por razón de la guerra”, explicó el Capellán.

“¿Tú tienes mujer?”

“No, niñita; yo soy sacerdote.” La niña se llega al Capellán y le besa respetuosamente la mano.

La sotana, la mortificación y el celibato son tres signos que el pueblo reclama en el Sacerdote.

#### BAJO LA CÚPULA DE SAN PEDRO

¿Qué corazón salesiano no se estremeció de gozo y qué ojos no se llenaron de lágrimas contemplando al Padre en la gloria de Bernini durante la Misa Papal bajo la cúpula de San Pedro el 2 de junio de 1929?

Nunca sentí tan hondo el orgullo y el privilegio de ser su hijo como durante aquellos instantes.

Me hospedaba en aquellos días con otros salesianos en la vieja Casa Generalicia de la Compañía de Jesús,

en la calle "Sancti Spiritus", a un paso de San Pedro.

En la nueva y moderna Casa Generalicia me encontré con el General de la Compañía, Rmo. P. Ledóchowski, el "Papa Negro" de la leyenda liberal-másónica.

¡Cuán bondadoso y sencillo era su trato!

Le pregunté: "Padre, ¿por qué no nos honra con su presencia en uno de estos días para nosotros tan gloriosos a la mesa en el Colegio del Sagrado Corazón, en el Castro Pretorio?"

"Con el mayor placer, si el Superior General de Uds. me invita".

Don Rinaldi me confió la honrosa misión de acompañarle y fué recibido y tratado con los honores de los Príncipes de la Iglesia.

Más tarde diré cuán útil me ha sido este feliz contacto con el Padre General de la Compañía.

¡POR LA SANTA POBREZA!

El miércoles siguiente celebré Misa sobre la tumba de San Francisco de Asís en su Santuario de Asís.

¡Qué impresión tan honda y saludable se experimenta al celebrar sobre la tumba de los santos!

La había experimentado años antes sobre la tumba de San Benito en Montecasino. La experimenté más tarde, sobre la tumba de los Papas mártires en las Catacumbas de San Calixto, y, sobre todo, la experimenté hasta llorar junto al cuerpo de nuestro Padre canonizado, en su altar de la Basílica de María Auxiliadora.

Después de misa, olvidando el desayuno, eché a andar por las calles de Asís, que aún conservan, con

las memorias del Santo, el aspecto medieval de la primera mitad del siglo XIII.

Parecíame que iba a mi lado el San Francisco de los "Fioretti", en el sermón del buen ejemplo.

En el magnífico templo de Santa Clara, casi vacío en aquellos momentos, dirigí una pregunta a un sacerdote que pasaba de prisa a mi lado.

"Perdone, me contestó; estoy de paso yo también".

"¿Religioso?"

"Sí; salesiano de pies a cabeza. ¿Y Ud.? Y yo le repliqué con énfasis: Salesiano también "viceversa" desde la coronilla a la punta de los pies".

Volvimos a encontrarnos al pie del monte en el Convento de San Damián lleno de memorias del Santo.

Juntos subimos a la ciudad. El sol, la sed y la muestra de una posada nos llevaron a pedir un refresco.

"Tengo algo mejor para ustedes" nos dijo el posadero; un hombrón de cara abierta y sonriente. "Uds. son salesianos", agregó afirmativamente.

"¿Por qué?" le preguntamos. "Porque mis hijos se educan en el Colegio Salesiano de Frascati, cerca de Roma", fué la explicación.

Efectivamente cada familia religiosa tiene su fisonomía, como cada familia natural. El salesiano la tiene distinta del Jesuíta, del Capuchino, del Redentorista, etc. Los mismos fundadores tienen fisonomía distinta dentro de la genérica común de la Santidad. ¿Quién confunde a Don Bosco con San Ignacio, San Alfonso, etc.?

El posadero instintivamente nos reconoció. Puso delante de nosotros sobre la mesa, una botella y algo más, diciendo con énfasis: "¡Es del bueno de Frascati!"

A la verdad es un vino que se desliza suave y delicioso por la garganta; pero, como todos los vinos de aquella zona romana, su efecto se bifurca en el estómago, bajando uno para poner alas en los pies y subiendo el otro al cerebro para llenarlo de hilaridad.

Nos íbamos a levantar cuando me alarmó al ver llegar al hombre trayendo con ambas manos una gran tortilla preparada por su mujer para los "Salesianos" y otra botella bajo el brazo.

Como los efectos del "Frascati" ya obraban en mí, iba escatimando el de la botella para no pasar el límite.

Quería dejarla por la mitad. Pero mi compañero, buen salesiano y buen piemontés (Piamonte es el reino del buen vino, me objetó: "Vea Ud. estamos en la patria de San Francisco, el santo de la pobreza. Somos religiosos y el voto de la Santa Pobreza nos prohíbe cualquier desperdicio." Hablaba con la mirada fija en la botella y eran tan fuertes las premisas de su silogismo que la conclusión fluía tan natural que también la segunda botella se evaporó en nombre de la santa pobreza!

Íbamos los dos livianos y alegres por las calles de Asís hacia la estación para emprender de nuevo el viaje hacia Turín donde nos aguardaba la segunda Glorificación del Padre el domingo siguiente.

#### BAJO LA CÚPULA DE MARÍA AUXILIADORA

Al morir Don Bosco la intolerancia "liberal", no permitió que su cuerpo quedara en su Oratorio y en su Valdocco (El Valle de los Mártires). Hubo que tras-

ladarlo fuera de la ciudad, al Seminario Salesiano de las Misiones en Valsalice (El Valle de los Sauces).

Allí, en su tumba, siguió viviendo y hablando a la interminable procesión de peregrinos y a las generaciones juveniles salesianas que se iban sucediendo en derredor de su tumba.

Allí me habló también a mí por primera vez en octubre de 1892.

Cuando llegué a Valsalisse ahora, la bondad de mi compañero don Giraudi, del Capítulo Superior, me hizo el favor de abrir la urna ya cerrada permitiéndome poner los labios sobre el rostro bendito del Padre.

La muerte y el tiempo habían dejado en él sus huellas. Pero, con sorpresa de todos, se había conservado el cerebro, del que habían brotado tantas ideas y tantas iniciativas de amor de Dios y del prójimo.

Al darnos las "Buenos noches, Don Rinaldi nos dijo: "No se conservó el corazón, órgano del sentimiento a menudo ciego y fluctuante como las olas del mar. Dios permitió que se conservara su cerebro, instrumento de la razón que, iluminada por la fe nos marca una ruta certera en la vida".

Imposible describir la vuelta triunfal de Don Bosco al Santuario de María Auxiliadora, donde le aguardaba un altar, que no una tumba. Iba la interminable procesión precediendo y siguiendo el cuerpo santo de Don Bosco entre dos barreras humanas, asociando rezos, cantos y aclamaciones.

En aquellos momentos parecíame que un gran arco iris enlazaba la Cúpula de San Pedro con la de María Auxiliadora y el nombre de Don Bosco trazado en él con letras de grande tamaño.



Era su Glorificación total: en Roma la de sus virtudes y de su Obra y en Turín la de su cuerpo santo consagrado, hasta consumirse, en la práctica heroica de sus virtudes y en la realización de su Obra genial.

Ojalá que nunca se apague en el alma de todo Salesiano el eco de la palabra de Pío XI en el patio de San Dámaso. "Don Bosco vive y debe siempre seguir viviendo entre sus Hijos" y el eco del himno "Don Bosco Ritorna", coreado por mil ochocientos alumnos y ex alumnos salesianos que formaban la cabeza de la procesión.

## CAPÍTULO X

### ‘‘CROUGH PATRICK’’

*(El Monte de San Patricio)*

POR EL CANAL DE LA MANCHA

Volví en julio a mi Inspectoría del Este de Estados Unidos, pasando por Inglaterra e Irlanda. En la estación central de Londres nos aguardaban al Inspector de Inglaterra, Padre Eneas Tozzi, S. D. B. y a mí que le acompañaba, un grupo de Salesianos, alumnos y amigos. Con Don Eneas, modelo de hijo de Don Bosco, yo había cursado mis estudios en Valsalice.

Nos trasladamos a la Casa Inspectorial de Battersea, el barrio más popular de Londres. Es siempre allí, en los suburbios, entre las clases humildes, donde la semilla salesiana germina y expande sus ramas. En la aristocrática ‘‘city’’ de aquella capital, la planta salesiana se hubiera marchitado.

¡Cuánto placer me causó el ver que el espíritu de Don Bosco había penetrado allí también en la Obra Salesiana a pesar de las distancias y de las diferencias

raciales. ¡Signo evidente de la catolicidad del espíritu de nuestro Padre!

El motivo principal que me llevaba allí era el de pasar a Irlanda, tierra fecunda de vocaciones, para llevarme algunas a nuestra Casa de Formación de Newton, Nueva Jersey.

Crucé pues el Canal de San Jorge, en compañía del Padre Patricio O'Leary a mi Inspectoría. En Dublin nos separamos, él para el Sur de la isla en visita a su familia, y yo para la ciudad de Limeryck en el Oeste, para visitar allí a los Colegios de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora.

#### EN LA ISLA VERDE

Recorriendo en el tren los verdes y hermosos campos de Irlanda, comprendí el por qué de este nombre que se le da. El clima suave, efecto de la corriente del Golfo que la baña al Oeste mantiene en ella un perpetuo verdor.

Para quien conoce la historia de esta isla es preferible el otro nombre de "Isla Mártir". Desde mis primeros estudios había aprendido a conocer y admirar esta raza que, convertida por San Patricio a mediados del siglo V, recibió de él el maravilloso espíritu misionero que irradió sobre Inglaterra primero y el Continente después la luz del Evangelio y más tarde en su dispersión por el mundo, a causa de la persecución protestante, iluminó el mundo con la luz de la fe.

En Limeryck visité la Casa Municipal para llevar a uno de los empleados el saludo de un hijo salesiano de mi Inspectoría. Quedó tan contento el buen hom-

bre que me retribuyó la atención con una recompensa singular. Llevóme al salón de sesiones diciéndome: "¡Le voy a hacer Síndico de uno de los más antiguos Municipios de Irlanda!"

Diciendo esto sacó de sendos estuches la cadena y el bastón, signos de la autoridad sindical. Después de ceñirme al cuello la primera y de empuñar el segundo me hizo sentar solemnemente en el sillón de la primera autoridad.

A mi derecha colgaba de la pared una magnífica pintura de un joven en traje nacional.

"¿Quién es?", le pregunté.

Un golpe de emoción se apodera del buen hombre al relatarme que aquel joven, síndico de la ciudad, había sido asesinado brutalmente durante la noche en su mismo hogar, delante de su esposa e hijos, durante la feroz lucha civil entre los perseguidores y la valiente juventud irlandesa. Último episodio de la persecución secular iniciada por los reyes Enriques, llevada a los extremos por Oliverio Cromwell y la reina Isabel y terminada felizmente con las leyes de emancipación de principios del siglo pasado.

Cuántas veces en aquellos días recordé con admiración el heroísmo católico de aquella raza y de su Clero en los tiempos en que el Sacerdote era perseguido a muerte y la Misa considerada como una ceremonia diabólica.

Para Irlanda también había llegado la aurora de la libertad religiosa y civil.

## BENDITA TÍA

El ambiente escolar de la pequeña católica Irlanda está tan saturado de escuelas que difícilmente pueden infiltrarse congregaciones nuevas. A pesar de lo cual funcionaban ya allí dos Escuelas Agrícolas Salesianas, una cerca de Dublin, cerca de Limeryck la otra y en un suburbio de esta ciudad un Oratorio Festivo y una Escuela Elemental de las Hermanas Salesianas, solamente hasta el sexto curso.

“¿Por qué solamente hasta el sexto curso?” le pregunté a la buena Hermana Directora. “Por orden superior” . . . fué la respuesta.

Estando con el señor Obispo al día siguiente le insinué prudentemente mi sorpresa ante aquella limitación. Contestóme con una gran risotada y con una razón que me confirmó en la idea de la saturación escolar católica de Irlanda.

El “¡veto de mi tía!” siguió con otra risotada. Y luego en voz queda, como si la sombra “hamletiana” de la tía hubiera surgido a sus espaldas, agregó: “pero es un veto que no durará”.

En resumen la tía, una veneranda Hermana al frente del Colegio más prestigioso de Limeryck se había alarmado ante la popularidad y la creciente simpatía conquistadas por las recién venidas Hermanas Salesianas. Las niñas acudían a ellas como las moscas a la miel. ¡Podían llegar a ser peligrosas rivales!

“¡Bendita tía!” dije yo para mis adentros y en seguida: “Bendito sea el espíritu de Don Bosco y el sistema preventivo de educación que habían convertido a las Hijas de María Auxiliadora en rivales peli-

grosas de un Colegio en el que predominaba probablemente la autoridad”.

Y no sólo en el señor Obispo sino también en una numerosa asamblea de Cooperadores Salesianos celebrada en Limeryck con ocasión de mi presencia, pude ver el grande amor de los irlandeses a Don Bosco y a su Obra. Varios de los presentes habían asistido a la Beatificación del Padre y relataron sus impresiones con la más honda emoción. Yo que conozco íntimamente al irlandés por mis largos e íntimos contactos con él, puedo asegurar que con los irlandeses Don Bosco y su Obra avanzarán mucho en el mundo.

#### HACIA CROUGH PATRICK

Ante la proximidad de la peregrinación nacional de Irlanda el último domingo de julio al Santo Monte de San Patricio cerca de West Port, en la costa del Atlántico, la devoción y la curiosidad me llevaron allá.

Iniciamos la subida por la empinada cuesta y por un sendero pedregoso hacia la cumbre a unos 600 metros de altura, bajo una lluvia persistente y un viento frío que desde el Atlántico la hacía penetrar hasta la medula.

Iban hombres, mujeres y jovencitos, descalzos no pocos de ellos, sobre las piedras agudas, hasta sangrar.

Cuando más tarde me atreví a criticar esta dolorosa penitencia, se me contestó en son de reproche: “Usted, extranjero, no conoce al irlandés. ¡Cuando queremos hacer penitencia, vamos a una peregrinación y cuando queremos divertirnos, cantamos, bailamos y echamos un trago!”

Celebré misa con la mayor devoción a la 1 p. m. en el pequeño Santuario edificado donde el gran Santo solía hacer su cuaresma de penitencia. Mientras celebraba sentía en el ambiente el fervor ardoroso de los peregrinos apiñados en el Templo y el recuerdo de las peregrinaciones seculares de las gentes de Irlanda a Crough Patrick encendía más y más mi devoción.

Bajamos del Santo Monte bajo la misma lluvia y con el mismo viento frío. Pero hallamos una recompensa en la grande hospitalidad del Vicario Foráneo quien ofreció un verdadero banquete a todos los Sacerdotes peregrinos.

Al regresar a Limeryck al caer de la noche, cruzando los campos del Condado de Connaught, sonaba en mis oídos el eco del diabólico dilema de Cromwell, desalojando a los irlandeses de las fértiles campiñas del Este destinadas a sus esbirros, hacia las estériles del Oeste: "¡Al Connaught o al infierno!"

La voz del tirano se hundió en la condenación de la historia y sobre la raza oprimida de San Patricio alboreaba al fin con Eamond de Valera la aurora de la reparación y de la libertad.

Desde Oxford, la Ciudad Universitaria, en la que pasé unas horas en los Colegios de nuestros Hermanos y Hermanas me dirigí unos días más tarde a Southampton, para embarcarme en el Aquitania que levó anclas a la media hora rumbo a Nueva York.

## CAPÍTULO XI

### A ELEGIR RECTOR MAYOR

CON EL PADRE WYNEHOVEN

“¿Es Ud. el Inspector Salesiano?”

“Para servirle”.

“Pues la Divina Providencia me lo hizo encontrar”.

Hablaba así un sacerdote que había guardado silencio durante la cena, mientras el transatlántico inglés soltaba amarras para iniciar su lenta marcha por las aguas del río Hudson, en el Puerto de Nueva York un anochecer de mayo de 1931.

Subimos al puente del barco, cuando de repente un inmenso resplandor irradiado por todos los cielos brotó, como por arte mágica, de la gran Metrópoli convertida en un mar de luces. Sobre ella destacábanse como gigantescas antorchas los rascacielos. En su comparación la antorcha de la gran estatua de la Libertad que pasamos casi rozando, parecía la luz de una luciérnaga.

Mientras el barco ya en franca marcha avanzaba por el estuario del río percibíanse en ambas orillas y



en particular en la oriental las irradiaciones luminosas de las ciudades industriales y en la izquierda las más tenues y remotas de los centros veraniegos de Long Island.

Entre tanto el Padre Wynehoven me había propuesto y expuesto su problema.

Me sentí en seguida frente a una personalidad sacerdotal. Nacido en Holanda, hijo único de padres sólidamente católicos, como todos los de aquel gran país, se había educado en un Seminario de Texas (EE. UU.), para ejercer más tarde un fecundo apostolado en la Arquidiócesis de Nueva Orleáns, en el Delta del Misisipí.

Con la cooperación generosa de sus amigos había invertido cerca de un millón de dólares en la construcción del gran Asilo para huérfanos de ambos sexos "Hope Haven" (Puerto de Esperanza), en un suburbio de aquella Ciudad. Pero no había dado con hombres capaces de educar y de "domar" a los doscientos huérfanos provenientes de los bajos fondos de la Capital.

Era un desastre educacional que amargaba la vida del buen Padre Pedro Wynehoven.

"He pensado en Don Bosco, y Ud. es el hombre que yo buscaba". Le di el libro de la Santa Regla para que se formara un concepto claro del espíritu, programa y métodos educativos salesianos. Al día siguiente me agregó: "Es esto lo ideal". Al separarnos en el Puerto de Cherburgo (Francia), le volví a prometer que recomendaría su obra a los Superiores en Turín.

Y yo iba dirigido allí para asistir al Capítulo General y a la elección del nuevo Rector Mayor.

Pocos meses antes habían encontrado muerto, sentado en su escritorio y la cabeza descansando sobre un libro, al Padre Rinaldi, el Rector Mayor de la Beatifización y de la "Paternidad".

Estoy viendo su rostro iluminado por una sonrisa paternal y conservo en el alma sus palabras henchidas de paternidad, virtud suprema del Superior Salesiano.

Su antecesor, Don Albera, fué el Rector de la "Piedad", y Don Rúa el primer sucesor y el "Alter Ego" de Don Bosco fué el Rector Mayor de la "Santidad" honda y algo austera.

Solía llamarme "il mio poeta", a causa de unos versos que le había declamado en su día onomástico en Valsalice y me recompensó algo más tarde con una bendición de María Auxiliadora que sanó una dolencia en mis ojos, perdidos por un descuido en esta postrimería de la vida.

Iba conmigo el Padre Salesiano Herman Koch, a quien yo dejaría en su ciudad natal, Mónaco de Baviera, donde encontró la muerte, en vez de la salud. Tuve así que cruzar Francia, Alemania y Austria para desembocar en Italia al través de lugares históricos que evocaban mis lecciones de Historia Universal en la Casa de la Formación del Uruguay. ¡Cómo me convencí en ese viaje de que la Geografía es el ojo derecho de la Historia!

#### EN PLENO CAPÍTULO GENERAL

Era la segunda vez que yo asistía a esta suprema asamblea representativa del organismo salesiano, magnífica expresión de libertad de palabras y de sorpren-

dente transfiguración de los intereses nacionales y particulares en lo católico y universal de la Familia Salesiana saturada de la tradición y del espíritu del Fundador. Allí hablan todos los países y todas las razas por boca de hombres que provienen desde los extremos confines del mundo: pero siempre la variedad se armoniza en la unidad.

Un episodio, al parecer insignificante, del anterior Capítulo General lo confirma.

Discutiánse los medios preventivos y los remedios contra la "influenza" en nuestro Colegio. No sé por qué se le suele llamar la "española".

Un Inspector italiano propuso sus ideas al respecto de la "española". Al instante saltó a sus espaldas un Inspector de España, quien con marcado acento navarro gritó: "¡Qué española ni qué ocho cuartos! ¿Dónde le encontró Ud. la fe de bautismo?"

Una carcajada general saludó la explosión del buen Padre Marcelino Olaechea, más tarde Obispo de Pamplona, hoy Arzobispo de Valencia y lumbrera del Episcopado Español.

"¡Calma, Marcelino, calma!" exclamó sonriente desde la Presidencia el Rector Mayor, Padre Rinaldi, que lo había tenido como alumno en Barcelona.

Pero el buen Padre Marcelino no sólo se había calmado sino que había asociado su risa a la de todos los demás. El nacionalismo español había quedado absorbido por el sentir internacional de la Familia Salesiana.

Me tocó en el escrutinio leer los nombres de los elegidos, sacándolos de la urna. Pero no fueron los nombres, sino el casi único nombre del Padre Pedro Ricaldone el que fuí repitiendo con íntima satisfacción

de mi alma, por ver reconcentrado en el más perfecto representante de Don Bosco la voluntad colectiva del Capítulo General. Le había conocido por primera vez en Montevideo como Visitador de la América Latina en 1908. Podía en seguida pronosticarse desde entonces al futuro Rector Mayor; al Rector de la Canonización y de la multiforme acción educativa, catequística y misionera que lo llevó, en alas de un celo ardiente, desde la Patagonia al Japón y reflejó en su frente la gloria del Padre canonizado en la Pascua de 1934.

Un sencillo recuerdo personal. Estuve con él en Turín a fines de junio de 1939. Le pedí una audiencia.

“Ven mañana temprano a la Sala Capitular, donde me hallarás solo antes de la reunión del Capítulo Superior”.

Allí lo encontré escribiendo una carta.

Mientras la terminaba iba yo contemplando los cuadros de las paredes y en particular uno misterioso cubierto por una cortina. Cuando iba a levantarla, “No, me dijo, no toques eso todavía”. Retiré la mano con sorpresa y centuplicada curiosidad. Después de unos instantes me dice: “Oye hijo. Una noche no me dejaba dormir la idea insistente y persistente de crear en la colina “Dei Becchi”, cuna de Don Bosco, un conjunto de edificios y de obras que fueran el resumen del programa paterno. Lo concebí y lo expuse a un artista turinés que reprodujo mi ideal en la forma que vas a ver”; y corrió la cortinita.

Al ver el imponente conjunto de edificios que rodean la gran Basílica Central de Don Bosco, se me escapó la exclamación: “¡Utopía, utopía!” Hablaba por mi boca la estrechez de juicio humano. Pero Don

Ricaldone, el hombre de Dios, me agregó: "La Providencia me envió los medios, y tú verás mañana el comienzo de la realidad de la utopía".

Efectivamente al otro día, acompañando al Ecónomo General, el querido compañero mío, Don Giraudi, S. D. B. vi en donde tantos años antes había visto la solitaria colina Dei Becchi, una enorme construcción destinada a Escuela de Artes Gráficas y otro a residencia de una Comunidad de Hijas de María Auxiliadora, edificios que hubieran sido completados con los demás, si no hubiera estallado pocos meses después la segunda guerra mundial.

Tal es el actual Rector Mayor, el hombre que capeó impertérrito, bajo el estallido de las bombas, la tormenta de la guerra sin moverse de la Casa Madre y de la Basílica de María Auxiliadora.

Su mano casi octogenaria sigue aún firme en el timón de la Nave Salesiana.

## CAPÍTULO XII

### CON EL "PADRE DE LOS RÍOS"

#### EN SU ORILLA

En mi niñez había leído con pasión la novela "Renato Atala y Talía" de Chateaubriand.

La relación tiene por escenario el amplio panorama que se extendía entonces en ambas orillas del Misisipí. Vastas florestas; llanuras sin fin, pobladas las primeras de indios y las segundas de bisontes hacia el Norte.

La pluma del grande escritor romántico vivifica el cuadro con un intenso colorido, llenándolo de contrastes de serenas mañanas y luminosas puestas de sol y de tormentas sombrías entrecruzadas por el centelleo de relámpagos y el estampido de truenos.

Pero siempre aparece y reaparece en el fondo de la novela, como protagonista geográfico, la franja azul del río Misisipí, el "Padre de los Ríos".

En la Ciudad de Menphis donde me detuve por unas horas bajé a la orilla del río y sentado por largo rato sobre la yerba, estuve contemplando las olas y escuchando en su murmullo el relato de las heroicas haza-

ñas misioneras de los Jesuítas que ya había escuchado anteriormente a orillas de su hermano gemelo el río San Lorenzo y en la ribera de los Grandes Lagos, cuna de los dos.

¿Quién me hubiera dicho, cuando leía las páginas de Chateaubriand, que el mismo impulso misionero que cubrió de gloria la Compañía de Jesús me había de llevar a fines del año siguiente al delta del Misisipí para establecer firmemente la obra de Don Bosco en la Ciudad de Nueva Orleáns?

#### FISCAL, JUEZ Y VERDUGO

Hallándome en nuestra Casa de Tampa (Florida) en diciembre de 1931 pregunté por carta al Padre Wynehoven, ya regresado de Holanda a Nueva Orleáns, si persistía en la idea de la presencia de los Salesianos allí para evitar, en caso negativo, un viaje con pérdida de tiempo y dinero; su respuesta inmediata, en son de broma, fué: "¡O se viene en seguida o yo iré a Nueva York a pegarle un tiro!"; un tiro de amistad se comprende.

Dos días después me hospedaba en Hope Haven (Puerto de Esperanza), la gran obra del Padre Wynehoven.

La forma un imponente conjunto de edificios en ambos lados de una amplia carretera, destinados unos a las huérfanas, los otros al alumnado masculino.

Al frente de éste actuaban dos sacerdotes seglares: el uno era amigo de los alumnos, mientras el otro, seguía en la educación de los niños el sistema repre-

sivo, que desgraciadamente prevalecía aún en muchísimos institutos.

A este propósito relataré lo que, tratando de la actuación represiva, me contaban con cierto gracejo de un señor, que en su colegio ejercía al mismo tiempo el oficio de fiscal, juez y verdugo. Merece ser recordada su misma relación oficial:

“Aquí me traen el supuesto culpable. Sentado en ese banquillo de los acusados contesta a mi interrogatorio hasta comprobar su falta o inocencia. Hallado culpable él mismo me debe traer una de esas tres correas pendientes de la pared, de una longitud proporcional a la gravedad de la culpa. Si se trata de algo grave, como una evasión nocturna, un robo de primera clase, una riña o duelo a primera sangre, viene la correa larga. Si se trata de “Peccata minuta”, viene la más corta y, en casos dudosos, la del medio. El número de golpes es rigurosamente proporcional a la gravedad. ¡Es la mejor manera de domar estos potros!”

En Hope Haven, cuando en los momentos libres de recreo, siguiendo el ejemplo de Don Bosco me sentaba a la sombra de los árboles entreteniendo familiarmente a la turba de niños con hechos interesantes y bromas alegres y cuando, más aún les dejé entrever la posibilidad de traer a Don Bosco entre ellos, se reflejaba en su rostro toda la esperanza mesiánica de un “Nuevo Testamento”.

Aproveché los pocos días de mi permanencia en la Ciudad para iniciar un grupo de amigos y Cooperadores. No me arrepiento de ello, pues en estos mismos días, después de quince años, uno de ellos me envió



un cheque de cinco mil dólares urgentemente necesitados para una próxima obra Salesiana.

Al despedirme de los niños me gritaban en coro: "Traiga a Don Bosco, tráiganos a Don Bosco".

#### LA METAMORFOSIS

Volví a principios de setiembre del mismo año 1932 con un grupo de Salesianos encabezados por el Padre Celestino Moskal, S. D. B., el hombre ideal para aquel puesto. Efectivamente lo ocupa aún después de tres lustros.

Me quedé con mis Hermanos durante un mes. En seguida se notó el cambio. Al terror sucedió la confianza y el amor. Al banquillo de los acusados, el cuarto del Padre, del Buen Padre Director. A las tres correas la asistencia preventiva y fraternal. A los latigazos la frecuencia cada vez más reciente de los Santos Sacramentos.

El Padre Wynehoven archicontento y con él todos los interesados en su gran obra.

La figura etrrible de Bismarck, el gran Canciller, había sido sustituida por la amable y paternal de Don Bosco, el más grande pedagogo de los tiempos modernos.

Cuando me despedí de los niños, me lo agradecieron casi con lágrimas en los ojos. La metamorfosis se estaba cumpliendo.

La cárcel se había transformado en una Familia Salesiana.

## TUMBA Y SANTUARIO

Volví la última vez a Hope Haven, como Obispo, en 1941 para pronunciar el panegírico de Don Bosco en la inauguración del magnífico templo-santuario erigido en su honor, que domina toda la vasta obra educativa de Hope Haven.

Él es ahora allí el rey. Los alumnos de ambos sexos acuden todos los días a celebrar los cultos del Santo, su padre y amigo.

Bajo la dirección del Padre Moskal, S. D. B. el antiguo Asilo evolucionó en una floreciente Escuela de Artes y Oficios de la que salen diestros artesanos y no pocas buenas vocaciones salesianas.

Unos años más tarde el fundador de Hope Haven, ya Mons. Pedro Wynehoven, fué sorprendido por la muerte mientras dictaba una Misión en la Ciudad de Boston. Sus restos descansan al pie de una gran estatua del Sagrado Corazón, frente al Santuario de San Juan Bosco.

Si he de volver a Hope Haven celebraré Misa por él en el Santuario y rezaré una plegaria sobre la tumba del inolvidable amigo, grande apóstol de la juventud abandonada en la Capital de Luisiana.

## CAPÍTULO XIII

### HORIZONTES DE VIDA NUEVA

#### MI PRIMER VUELO

En julio de 1933 me escribe el Rector Mayor, Rmo. Don Ricaldone: "El señor Nuncio y el señor Presidente de la República de Santo Domingo (Antillas), desean fundar una Escuela Agrícola o una Escuela de Artes y Oficios Salesiana. Vé, observa e infórmanos".

La obediencia no se discute: se cumple.

En la mañana del 15 de agosto despegaba en Miami (Florida), el avión que debía conducirme a Santo Domingo.

Era mi primer vuelo y fué histórico para mí y algo también para la Obra Salesiana en esta Isla.

Pronto asomó en el horizonte la costa Norte de Cuba, recorrida en su primer viaje por Cristóbal Colón, que no desembarcó a causa de los muchos bajíos e islotes de la costa, siguiendo como yo, hacia el Este, para detenerse en la costa Norte de la que él bautizó con el nombre de "Española".

Yo también me detuve por unas horas en Puerto Príncipe, Capital de la República de Haití. Su población en la casi totalidad desciende directamente de los esclavos africanos de la Colonia Francesa de Haití. El viento de la Revolución Francesa a principios del siglo pasado, estremeció a los esclavos que dieron muerte a sus amos, proclamándose independientes. El General Leclerc, enviado allí por Napoleón, fué vencido por el clima, la región montañosa y el valor de los habitantes.

A mi llegada a la Catedral terminaba el Pontifical de la fiesta Titular en el Templo atestado de gente de color, con el Presidente de la República y todo el Gobierno presente. Cuánto me impresionó aquella Misa cantada por mi amigo el señor Arzobispo Mons. José Loguaze. Destacábanse en derredor del altar las caritas negras de unas docenas de monaguillos en pleno contraste con sus sotanitas blancas.

El breve contacto con el lugar y las personas me fué muy útil más tarde.

Al levantar el vuelo al día siguiente pronto penetramos en tierra de Santo Domingo, que Cristóbal Colón había definido "una maravilla de la naturaleza". Efectivamente es así.

En la Iglesia Parroquial de San Pedro de Macoris donde acuatizó el hidropilano se cantaba el Te-Deum de la fiesta patria al llegar yo allí, recibido fraternalmente por el Padre Juanito, Capuchino, pequeño de cuerpo pero de alma grande. Volví a encontrarlo seis años más tarde en la Casa Madre de Sevilla, donde al poco tiempo murió.

## CORAZÓN Y BOLSILLO

En la Capital me aguardaba con los brazos abiertos el señor Nuncio, Mons. José Fietta, grande amigo y bienhechor de esta Iglesia de Santo Domingo. Con él dos días más tarde me dirigí a la Ciudad de Santiago en la "Vega Real" de Cristóbal Colón, que los indios llamaban "el Cibao", a unos 170 Kms. de la Capital. Es ésta una de las regiones más bellas y fértiles que yo he visto en mis largas correrías por el mundo.

Todos los productos tropicales, cacao, café, tabaco, maíz, caña de azúcar y toda clase de frutas se producen y reproducen en ese verdadero edén. Cruzamos la Ciudad de La Vega donde Bartolomé de Las Casas, el Padre de los indios, fué ordenado de sacerdote en los primeros años del siglo XVI. Así lo afirman los historiadores. Saludamos de paso el Santo Cerro, nido de memorias históricas de Cristóbal Colón que dió allí la primera batalla a los indios capitaneados por el valiente Caonabo. Aguardábanos en Santiago el señor Presidente de la República, Dr. Rafael L. Trujillo Molina.

Al presentarle mis propuestas y condiciones para una Escuela de Artes y Oficios, consistente en la necesidad de un amplio terreno en la Capital y de una suma de dinero para la primera construcción, me dijo: "Vaya y elija el terreno que más le agrade. En cuanto a la suma, ¿es mucho lo que necesita?"

Le contesté: "No se la fijo yo, señor Presidente. Ponga una mano sobre el corazón y otra en el bolsillo y escuche lo que ambos le digan".

Una leve sonrisa; una fuerte suma ofrecida y una

declaración de donación de terreno firmada por él a la Congregación Salesiana, habían decidido en cinco minutos su fundación.

Almorzamos aquel día con Mons. Fietta en el Santo Cerro, junto al Santuario de Nuestra Señora de las Mercedes. Uno goza allí de un panorama de belleza indescriptible. Se extiende a los pies del Cerro La Vega Real cubierta de sus multiformes productos.

Los grandes árboles de amapolas que expanden sus ramas protegiendo al café y al cacao se cubren de florecitas rosadas que tienden sobre la amplitud del valle como un manto de novia.

Nos atendía el Padre Fantino, sacerdote italiano, modelo de santidad y de celo, apóstol de toda la región y lumbrera del Clero de la Diócesis.

Tendré que recordarlo más tarde.

Unos días después desde la Ciudad de Miami envié mi informe favorable al Venerado Rector Mayor, ignorando que aquel informe abriría horizontes de una vida nueva para mí.

Efectivamente al poco tiempo recibí orden de volver a Santo Domingo para dar comienzo a la Obra.

## CAPÍTULO XIV

### ¿SALTO EN EL VACÍO? NO.

#### DE VUELTA

Después de despedirme en el muelle de Nueva York, del nuevo Inspector y demás Hermanos, el vapor "Coamo" enfiló rumbo a Santo Domingo con escala en Puerto Rico.

Era el primero de febrero de 1934.

Me recogí en el camarote para considerar mi porvenir.

Iba "solo", a un país extraño, a un clima extraño, entre gente desconocida. En seguida pensé que muchos otros Salesianos en particular los precursores, habían ido hacia lo desconocido.

Pero ellos habían ido en grupos; en Comunidad.

Yo iba "solo", a los 58 años de edad, después de 40 años de dulce convivencia con mis Hermanos!

Una ola de nostalgia salesiana cruzó por mi ser.

Nunca me pareció tan bella y tan dichosa la vida en la "Familia" ideada y plasmada por Don Bosco sobre el modelo de la familia de Betania.

A la cabeza el Padre, el buen Pastor, el Director, imagen de Jesús. A su lado, Marta, el Prefecto afanándose por el orden y el bienestar material de la Familia. A sus pies María, el Catequista cuya actividad gira en derredor del Tabernáculo, centro de atracción para él y, por medio suyo, para toda la Casa. Los demás actuando en su misión particular bajo la suave dirección de esta "trilogía básica".

Esta magnífica concepción familiar de Don Bosco, de la que yo había gozado por tantos años, quedaba ahora a mis espaldas! Mientras dicto estas líneas, después de catorce años, la tengo a mis espaldas todavía, pero con la firme esperanza de que he de regresar a ella en el ocaso, como las aguas que salen del mar para volver al mar y morir en él.

¿Un salto en el vacío? No. Un acto de obediencia para establecer y afirmar junto a la tumba que guarda los restos del más grande Descubridor, Cristóbal Colón, el altar del más grande Santo moderno, San Juan Bosco. Lejos de ser un vacío, era una gloriosa misión la que me aguardaba.

Después de una breve visita a la Isla de Puerto Rico, centinela de las Antillas hacia el Atlántico, desembarqué en la Capital de Santo Domingo en la que me aguardaban los brazos abiertos del Señor Nuncio Mons. José Fietta.

#### LOS PRIMEROS PASOS

Mi primer deber era el de propagar el nombre, la vida y la Obra de Don Bosco en donde él era apenas conocido. Para ello me serví de la lengua y de la plu-



ma, con conferencias públicas en todo el país, artículos de prensa y folletos de propaganda.

Dos meses después yo celebraba en el secreto de mi corazón la Canonización de Don Bosco en la Pascua de aquel año. ¡Cuántos recuerdos de la Beatificación a la que había asistido cinco años antes! ¡Cuán diferente para mí esta celebración intensa, pero solitaria! Toda la prensa se ocupó del acontecimiento.

Al poco tiempo se iniciaron las obras de la Escuela Salesiana de Artes y Oficios en un suburbio, en la parte más alta, ventilada y panorámica de la ciudad y, lo que más importa, la más necesitada de cuidado espiritual.

La superficie de más de dos hectáreas tenía al otro lado de la calle otra media hectárea reservada en mis planes para las Hijas de María Auxiliadora.

Con el crecer de la construcción se hacía más amplia y más eficaz por todo el país la propaganda salesiana y, al correr de los meses, un rumor popular comenzó a circular, que primero me pareció increíble, pero gradualmente se fué acercando a la realidad.

Una Mitra, lo increíble, asomaba en el horizonte. . .

A la verdad la Iglesia Primada de América, pues tal es el título histórico y jurídico de la Iglesia de Santo Domingo, había sido gobernada últimamente por administradores apostólicos. Era un período de transición que debía desembocar en el sucesor del último Arzobispo, el Ilustre Mons. Dr. Adolfo Alejandro Nouel.

¿Podía yo acaso imaginar que los rumores circulantes pudieran tener la más mínima base en mi pobre persona?

Es verdad que la Divina Providencia para realizar

sus designios se sirvió en tiempos pasados de la burra de Balaán.

¿Quién puede escudriñar los secretos designios de la Divina Providencia?

A fines de 1935 se había terminado la primera parte de las obras de la Escuela Salesiana de Artes y Oficios.

#### DE NUEVO EN HAITÍ

Mientras se acercaba a su término la construcción de la Escuela Salesiana de Artes y Oficios, fuí invitado por el Presidente de Haití, M. Vincent, para planear una fundación similar de Artes y Oficios en aquella República.

En pocos días fué decidida la fundación, elegido un vasto terreno en la parte más pobre y necesitada de Puerto Príncipe, a orillas de la bahía y, además, fué resuelta la próxima llegada de un grupo de Hijas de María Auxiliadora para colaborar con los Salesianos en un Asilo y Oratorio Festivo para niñas.

Providencialmente llegó en aquellos días a Santo Domingo el Rvmo. Don Antonio Candela, S. D. B., miembro del Capítulo Superior, en visita extraordinaria. ¡Era la primera mano salesiana que yo estrechaba después de más de un año!

Su sabio consejo, robustecido con la autoridad de su posición, puso una base sólida a ambas fundaciones, la de la Capital de Santo Domingo y la de la Capital de Haití.

Don Bosco afirmaba así más y más su dominio en la Isla predilecta de Cristóbal Colón.

## CAPÍTULO XV

### LOS SECRETOS CAMINOS DE DIOS

EN KENSCOFF

Los rumores populares de mi candidatura para el Arzobispado interpretaron en este caso la "voz de Dios".

Una llamada desde Puerto Príncipe del Señor Nuncio, Mons. José Fietta, a principios de octubre de 1935 me obligó a volar de nuevo a aquella Capital. Ambos, él y el Sr. Arzobispo de Haití, Mons. José Loguaze, me invitaron a pasar unos días en la población de verano llamada Kenscuff a unos 1500 metros de altura en las montañas que coronan a Puerto Príncipe.

Pasamos allí tres días y fué tal y tan generoso el trato que se me dispensó que ahora lo comparo con el trato dispensado en los Estados Unidos a los condenados a la silla eléctrica en los tres días que preceden a la ejecución. La única diferencia era que a mí se me preparaba con aquel trato a la "Silla Arzobispal" de la Iglesia Primada de América.

En la víspera del tercer día el Señor Nuncio me

comunicó la voluntad del Padre Santo. Mi única observación fué la de querer oír la palabra del Rector Mayor, de quien yo dependía.

Sonriéndose me mostró una cartita del Señor Don Pedro Ricaldone, dando su pleno consentimiento.

¿Podía yo acaso oponer la más mínima objeción a la voluntad del Padre Santo, confirmada por la de mi Superior? Un sí espontáneo y sincerísimo brotó, como era natural, del corazón a los labios.

El Señor Arzobispo de Haití nos invitó a ambos a un paseo matutino al día siguiente con el fin de despertar más el apetito para el banquete con el que celebraríamos al mediodía el acontecimiento. Durante la noche pedí a Dios con toda el alma y a Don Bosco que me ayudaran a caminar bien por el nuevo camino que Él, en sus secretos, me trazaba en las postrimerías de mi vida.

#### UNA PERIPECIA

Llovió copiosamente durante la noche. En la mañana era muy peligrosa la bajada por el sendero que descendía a la población de Kenscoff, por lo resbaladizo del suelo.

Provistos de un largo bastón, como el que usan los pastores en la montaña, descendíamos cautelosamente en fila indiana, los dos Arzobispos a la cabeza y yo en la cola.

Subían al mismo tiempo por el mismo estrecho sendero, en fila india también, casi codeándose con nosotros, las mujeres haitianas que regresaban del mercado a sus hogares.

Al llegar a cierto punto se me fué de las manos el bastón y me quedo por un instante tambaleando con los ojos cerrados en busca de apoyo. Lo encontré muy firme y a él me aferré. Pero, cuál no sería mi sorpresa, al abrir los ojos, y ver frente a los míos, mirándome fijamente, casi fuera de sus órbitas, los dos ojos negros de una vieja negra haitiana.

La solté inmediatamente. Hubo un momento de silencio interrumpido por la carcajada espontánea y tan sonora de los dos Arzobispos, que al fin ella y yo y las demás mujeres acabamos también por reír.

A la verdad, desde un cierto punto de vista, no era ésta la mejor manera para el candidato a la Iglesia Primada de América de iniciar su cometido. . .

La impresión de la sorpresa y el aire puro y fresco de las montañas contribuyeron a la mayor alegría y a un mayor apetito en el banquete con el que nos obsequió el querido Mons. Loguaze.

#### CON EL CARDENAL

Acababa de llegar de Colombia el Rvdo. Padre Pascual Richetta S. D. B. mi querido compañero de Valsalice, para encargarse de la flamante Escuela Salesiana de Artes y Oficios. Yo me dirigí a Estados Unidos para recoger entre amigos y Cooperadores la suma necesaria para los primeros gastos episcopales.

La conseguí mucho mayor de lo que yo necesitaba. Es mi deber recordar aquí el nombre del Cardenal Patricio Hayes, Arzobispo de Nueva York, grande admirador de Don Bosco, que me había distinguido con su amistad durante los años de mi permanencia

en Estados Unidos. Al llegar a su despacho me felicitó y luego tomándome de la mano, me lleva, con mi grande sorpresa, a su cuarto-dormitorio.

“Querido Monseñor, me dice: Como Obispo necesita Ud. un anillo. Tome el mío”. Y me lo puso en el dedo. “Necesita una cruz. Tome la mía”. Y me la colgó al cuello.

“Eminencia, le dije, con la emoción que me anudaba la garganta: ¿Por qué es Ud. tan bueno y tan generoso conmigo?”

Puso el índice en los labios como para invitarme al silencio. De nuevo me conduce a su escritorio y me extiende un cheque de 500 dólares diciendo: “Sé que Ud., como Salesiano es pobre y sé que Don Bosco me está mirando desde el cielo”.

No lo volví a ver ya más. Padecía del corazón, quizás por ser un corazón demasiado grande.

Una mañana el secretario lo encontró en la cama recostado en las almohadas, el rostro lleno de serenidad y entre los dedos la corona del rosario que estaba rezando cuando Dios lo llamó.

Cuando pienso en él pienso en la divina inspiración de nuestro Santo Fundador al crear la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos.

## CAPÍTULO XVI

### AL FRENTE DE LA IGLESIA PRIMADA

#### "CUM GRANO SALIS"

"El que desea el Episcopado desea una obra buena". No se puede contradecir a San Pablo entendido "Cum grano salis".

A la verdad la Mitra en perspectiva es un adorno atrayente; puesta en la cabeza es pesada y cansa. Quizás para aliviar su peso el buen Padre Ricaldone poco después de mi consagración me envió un precioso opusculito, escrito por él durante una breve convalecencia y dedicado al nuevo Arzobispo: una verdadera regla de oro para los Mitrados Salesianos, purísima en la forma latina y de oro de muchos quilates en su contenido. Se reimprime en estos días en la Casa Madre para alivio de todos los Obispos Salesianos del presente y del porvenir.

Aunque somos muchos los Mitrados Salesianos, no me atrevo a decir que somos demasiados. Se quejó un día el Padre Rotta, Inspector del Brasil, con el Señor Nuncio, Mons. Gasparri, en Río de Janeiro, por

sustraerle sus mejores elementos, destinándolos al Obispado. Le contestó el Señor Nuncio: "No se queje de mí, sino del Espíritu Santo!"

En conclusión aconsejo a mis Hermanos que deseen, de acuerdo con San Pablo, el Episcopado, pero que no lo busquen.

#### EL 8 DE DICIEMBRE

El 8 de diciembre, fecha sagrada salesiana, el Arzobispo de Puerto Príncipe, Mons. José Loguaze, me consagró en la Catedral Primada de América a pocos pasos de la urna que contiene los restos del gran Descubridor.

Aun vibra en mi conciencia el eco de las frases solemnes con que la Iglesia enumera las graves responsabilidades del oficio que yo debía asumir frente a un rebaño de casi dos millones de almas.

Más que la presencia de los dos Obispos asistentes yo sentía en aquel momento la presencia y la asistencia de Don Bosco y de María Auxiliadora que ejercen la paternidad y maternidad de todo lo Salesiano.

Me daba plena cuenta de mi nueva situación y comprendía que sin su protección no la podía afrontar.

Les pedía la gracia de ser un buen Obispo sin dejar de ser un buen Salesiano.

#### EL ESCUDO

Resumí mi programa en el escudo episcopal vinculado con el nombre del Descubridor y el de su Carabela Capitana la "Santa María".



Dice uno de los lemas: "CHRISTUM FERÖ" "TRAIGO A CRISTO" y el otro "AD JESUM PER MARIAM" "A JESÚS POR MARÍA", y figura en el fondo del escudo la carabela "Santa María".

Efectivamente en este país, como en todos los de la América Latina, era urgente renovar y vivificar el cristianismo y atraer a este pueblo, sumamente devoto de María, hacia Jesús por medio de su devoción.

Como en todas partes, había aquí grande escasez de Clero. Había que multiplicarlo. Se notaba la consiguiente ausencia de los Sacramentos, en particular de la Penitencia y Eucaristía. Había que despertar la llama Eucarística. Y había que corroborar el apostolado de la Jerarquía, flanqueándolo y respaldándolo con Acción Católica y Colegios Católicos.

Es la obra que me propuse. A los trece años de Episcopado, mientras dicto estas líneas doy gracias a Dios por haber puesto a mi lado la cooperación del pueblo, del Clero y de las Autoridades Civiles que despertó una primavera católica, promisoro de un luminoso porvenir.

## DOS HECHOS HISTÓRICOS

Creo oportuno terminar este capítulo con una breve referencia a la autenticidad de los restos de Cristóbal Colón y a la erección de mi Catedral Primada.

Como se sabe Colón murió en Valladolid (España) en 1506. En su testamento y a su primogénito Diego que le asistía pidió que sus restos descansaran definitivamente en su isla predilecta y en la futura Catedral. Diego no pudo cumplir la promesa por haber muer-

to en 1527, cuando la Catedral se estaba construyendo. La cumplió su hijo Luis Colón, quien, con permiso del Emperador Carlos V, depositó al lado derecho del altar mayor de la Catedral, en dos pequeñas tumbas, las urnas con los restos de su padre Diego y de su abuelo.

Por temor a profanaciones de los piratas, el Obispo ordenó se quitara todo signo de la presencia de los restos. Tan sólo la tradición recordaba la presencia de los de Cristóbal Colón a la derecha del altar mayor. Dos siglos y medio más tarde, después de la Revolución Francesa, Francia vencedora en una guerra con España exigió la entrega total de la Isla de Santo Domingo, enviando a ella a autoridades jacobinas. Se retiraron a La Habana las españolas tanto civiles como eclesiásticas. Antes de salir fueron buscando los restos del Descubridor y al llegar a la primera tumba, recogieron de prisa y sin documentos fehacientes los restos de Diego Colón en la convicción de haber dado con los de Cristóbal.

Casi un siglo más tarde, mientras se practicaban reparaciones en el piso del Presbiterio, se encontró, al lado de la tumba vacía, la que contenía los restos auténticos de Colón, documentados por las inscripciones de la urna que, el tiempo había respetado en parte. Las discusiones posteriores confirmaron más y más el hallazgo y yo tuve el privilegio de tener en mis manos aquellos restos venerables en un cambio de la campana de cristal que cubre la urna.

En cuanto a la Catedral, conviene recordar que el Obispado de Santo Domingo fué creado por una Bula Pontificia del Papa Julio II en los primeros años del

siglo XVI, siendo la primera diócesis de América. Se bendijo la piedra básica de la Catedral en febrero de 1514, siendo el primer Templo construído de fábrica y, naturalmente la primera Catedral del Nuevo Mundo. Fué entregado al culto por el año 1540.

La Primacía histórica fué confirmada jurídicamente más tarde por los Papas, último entre ellos Pío VII, confiriendo al Arzobispo de Santo Domingo el título de: "Primado de las Indias", nombre oficial dado por España a las tierras descubiertas y sustituído más tarde por el de Américo Vespucio, el grande descubridor florentino.

## CAPÍTULO XVII

### LA OTRA RAMA

"ELLAS"

En 1936 funcionaba ya bien la Escuela Salesiana de Artes y Oficios en esta Capital, tanto en los talleres como en el Oratorio Festivo, poblado de centenares de niños.

Un día le escribo al Señor Presidente de la República: "Cuando me acerco a la Escuela Salesiana goza el oído derecho con la algarabía de centenares de niños; se entristece el izquierdo por la ausencia y el silencio de las niñas. Ayúdeme a construir para ellas también un Colegio".

Al cabo de un año se encontraban ya cuatro de "ellas", las Hijas de María Auxiliadora, al frente de su Colegio que lleva este nombre, al otro lado de la calle en un amplio terreno, rodeado de calles e independiente.

Así se integró y completó la Obra Salesiana que pronto debía tener Iglesia pública y Parroquial.

Me convencí más y más a lo largo de mi vida sale-

siana de la conveniencia, por no decir de la necesidad moral, de integrar y fecundar la obra de los Salesianos con su cooperación providencial.

La llamo providencial, porque en efecto lo es su Instituto, tanto en su origen como en su crecimiento.

“¿Podía acaso esperarse algo grande de esa pequeña población de Mornese, perdida entre las colinas de Monferrato (Piamonte)?” Es lo que uno se preguntaba, como se hacía de Nazaret, perdida en las colinas de la Galilea.

Pues de allí brotó la obra milagrosa de las Hijas de María Auxiliadora.

El Párroco, Don Pestarino, sembró la semilla: Don Bosco le infundió la savia (el espíritu) y Dios le dió una expansión mundial en un breve período de tiempo. Y el secreto de la expansión está en las palabras de Don Bosco: “¡Vocaciones, vocaciones!”

En junio de 1929 tuve ocasión de comer en la Casa Generalicia de las Hermanas, en Nizza Monferrato, adonde se había trasladado desde Mornese.

Rodeaban la mesa, en amable conversación todas las Madres del Capítulo, entre ellas la Madre Eulalia Bosco, nieta de José, el hermano de Don Bosco. Pero faltaba la Superiora General, la Madre Vaschetti a la que había saludado poco antes.

“Se ha subido al Noviciado, niña de sus ojos, donde le aguarda con sus Novicias”, fué la explicación.

Allá la encontré, verdadera jardinera rodeada de un ramillete de flores que entrañaban el porvenir.

Diez años más tarde volví a saludarla, postrada en cama en Turín adonde había emigrado la Casa Generalicia, junto a los altares de la Beata María Mazza-

rello y de San Juan Bosco, célula de toda la Familia Salesiana.

#### MI TRATO CON "ELLAS"

Las conocí por primera vez en la víspera de Navidad de 1893 en su Noviciado de Villa Colón (Uruguay). Pasando por el frente me llamó la atención la fecha 1878 en lo alto de la entrada, fecha en que se estableció allí el primer núcleo de Hijas de María Auxiliadora llegadas al Nuevo Mundo bajo la guía, si no me equivoco, de Mons. Costamagna.

Las fuí conociendo mejor más tarde en las "expediciones langosticidas" al frente de un grupo de aspirantes. Preferíamos el viñedo de las Hermanas para espantar y matar langostas, no sólo por el buen trato de ellas sino también por lo exquisito de las meriendas que coronaban nuestras expediciones, fruto de su generosidad.

Recién ordenado de sacerdote en Las Piedras (Casa de Formación) les celebraba de vez en cuando la Santa Misa en su propio Colegio y hasta se me encargaba de oírlas en confesión. Así pude apreciar más y más su buen espíritu.

Como Director después y aún más como Inspector cooperé con ellas en la fundación de nuevas Casas en Montevideo, Salto Oriental, Melo y, sobre todo en la Misión del Chaco en Paraguay. En Estados Unidos conseguí llevarlas a la Florida para tres florecientes Fundaciones en la ciudad de Tampa. Y ahora fué mi primer empeño el de traerlas a la Capital de Santo Domingo.

No me arrepiento de ello, pues además del bien obrado en el Colegio antes referido, se han extendido a una Escuela-Hogar y Oratorio Festivo en otro suburbio de la Capital, a un Colegio y Oratorio Festivo en la ciudad de Moca, corazón de la Isla, y se preparan para construir su Postulantado y más tarde Noviciado en las alturas panorámicas de la población de Jarabacoa, a poca distancia de la Casa de Formación de los Salesianos.

#### HEROÍNAS Y MÁRTIRES

A pesar de haber visitado centenares de sus Casas desde la región antártica a los Estados Unidos y desde Santiago de Chile a Lymerick (Irlanda), no tuve la satisfacción de presenciar la obra de las Hijas de María Auxiliadora entre los leprosos de Agua de Dios (Colombia) en la que compitieron con el Fundador Don Unia y siguen compitiendo con los Salesianos en aquel Apostolado heroico.

En cambio, hallándome en Sarriá (Barcelona) en julio de 1939, dos meses después de la terminación triunfal de la guerra civil, al visitar el Colegio de las Hermanas próximo a las célebres Escuelas Profesionales de los Salesianos, me presentaron la fotografía de una Hermana que me llenó de horror y admiración.

Al estallar la tormenta marxista tres años antes, la Comunidad apenas tuvo tiempo de refugiarse en casas de cooperadores. Pero una pobre Hermana anciana y paralítica no se pudo trasladar. ¿Quedaría sola y abandonada?

Una Hermana joven quiso quedarse a su lado para

acompañarla y defenderla. Llegó la jauría de las bestias rojas . . .

Lo que pasó allí nadie lo sabe sino Dios. La pobre enferma se habrá muerto de espanto y la joven ostenta en su cabello desgredado y en su rostro en el que las fieras dejaron la huella de sus uñas y de sus puños la lucha heroica contra el empeño bestial para defender y proteger el tesoro divino de toda virgen. Virgen y mártir ahora, que se suma a los muchos mártires salesianos de aquellos días que recuerdan los de Nerón y de Diocleciano.

He creído mi deber referirme de un modo particular a "ellas" que integran, con los Salesianos y sus Cooperadores, el árbol maravilloso de la Familia que hunde sus raíces en el corazón de Don Bosco.



## CAPÍTULO XVIII

### EL VIAJE DEL "FARO"

#### MONUMENTO-CRUZ

En varias asambleas Inter-americanas se había ventilado con aprobación unánime la iniciativa, nacida aquí, de un Monumento Panamericano a Cristóbal Colón, signo de gratitud de las veintiún naciones del Nuevo Mundo hacia el gran Descubridor.

En el concurso internacional de arquitectos triunfó el proyecto del joven inglés Mr. Gleave, que imaginó una cruz gigantesca yacente, formada por dos edificios. El que representa el brazo mayor de la cruz tiene una longitud de unos 350 metros y el otro de unos 120 metros. La altura máxima de los dos edificios que se elevan gradualmente del suelo alcanza a unos setenta metros.

En el punto de intersección dos faros potentes, uno rotatorio y horizontal y el otro fijo y vertical irradian, el primero su luz sobre el próximo Mar Caribe y el segundo, fijo, traza en los cielos una gran cruz luminosa.

Hallándose el Monumento sobre la línea real de los

aviones de la "Pan American Airways", todos los pasajeros del aire cruzarán entre la luz blanca del Monumento y la brillante en los cielos, llevando a todas partes impreso en el alma el signo de la redención, símbolo de gratitud histórica hacia el Descubridor y de fraternidad entre los pueblos de las Américas.

Por tratarse de esto yo debía poner en la iniciativa el más grande interés y, con el fin de propagarla en todos los países de América sugerí un viaje por todos ellos patrocinado por el Gobierno de Santo Domingo.

Debo confesar que junto a este motivo público yo tenía el otro personal, pero muy poderoso, de poder visitar de nuevo, después de diez años las personas y lugares, escenario de lo mejor de mi vida salesiana.

#### EN RUTA

Salí de Santo Domingo a fines de enero de 1937, para regresar a principios de abril siguiente recorriendo los países del Atlántico primero y los del Pacífico después. Durante el viaje, en cumplimiento de mi misión, pude entrevistarme con los Jefes de ocho Gobiernos y propagar la iniciativa en cada País por medio de la prensa y de la radio. En cuanto a los Salesianos, tuve la inmensa satisfacción de visitar durante el recorrido "sesenta y dos" Casas Salesianas y de las Hijas de María Auxiliadora.

Cuántas veces, cruzando por los aires, iba recordando la célebre visión de Don Bosco en 1883 y cuya descripción, salida de su pluma, figura en uno de los últimos tomos de su biografía grande.

Él también cruzó entonces, durante la visión, por

los aires en compañía del joven Luis Colle, todo el Continente Sur de América, desde el Mar Caribe a Valparaíso (Chile), en donde el Santo jovencito le ordenó trazar una recta hasta la Ciudad de Pekín (China), diciéndole: "En los países que hemos recorrido y en los enlazados por esta recta se multiplicarán en un próximo porvenir las obras de tus hijos".

La única diferencia entre mi viaje y el suyo consiste en que el suyo era el viaje del "Profeta" y el mío el de un simple "testigo" de la realidad después de tan sólo 54 años . . .

¡Con cuánta satisfacción de mi alma pude comprobar de ciudad en ciudad el milagro de lo grande y multi-forme de la expansión Salesiana en el Nuevo Mundo!

De un modo particular he gozado en el Uruguay y Paraguay, viendo en el primero el florecimiento de obras que yo había visto nacer y crecer y en el Chaco paraguayo el fruto del celo de mis Hermanos y de las Hijas de María Auxiliadora entre los indios.

Pasé con ellos y con ellas el Jueves Santo de aquel año. Al celebrar la Misa en la humilde Capilla llena de indios, al oír las respuestas claras y distintas de los monaguillos indios que me ayudaban la Misa y el canto gregoriano del coro de indiecitas dirigidas por las Hermanas, se me llenaron los ojos de lágrimas.

En el modesto cuartito en el que dormí, un año antes el buen Director de la Misión, mi querido alumno Padre José Casanello, S. D. B., había sido picado durante la noche por una "Yararaca" víbora de las más venenosas y pudo salvarse de milagro con la aplicación de un antídoto encontrado por casualidad en casa de vecinos.

¡Qué oportuna es la Salve que rezamos todas las noches en las oraciones por nuestros Superiores y Misioneros!

#### CON LOS JEFES DE ESTADO

Me place referirme algo más a las audiencias con varios de los Jefes de Estado en los distintos países. Con excepción del Presidente de los Estados Unidos, para todos los demás la Obra Salesiana era objeto de aprecio y admiración, lo que no debe sorprender dada la grande influencia de esta Obra en bien de las clases modestas y menesterosas.

En Río de Janeiro por ejemplo, la conversación se tornó en seguida a las grandes Misiones de Matto Grosso y del Río Negro (Amazonas), como también a los Establecimientos Educativos tan numerosos e importantes.

El Coronel Franco, Presidente del Paraguay y héroe de la guerra del Chaco, se refirió luego a la participación heroica de los Salesianos en esa ruda campaña, a las muchedumbres de alumnos y ex-alumnos de nuestros Colegios, en particular del "Mons. Lasagna" y de la Escuela Agrícola de Ypacaraí, de la que yo le traía unas botellas de vino allí elaborado y en particular a la misión entre los indios del Chaco.

En Buenos Aires el nombre salesiano es tan familiar y corriente, que formó el tema principal de nuestra conversación, recorriendo en ella el bien obrado por los Salesianos desde el territorio de Misiones a la última extremidad de la Tierra del Fuego.

El Dr. José Espalter, Ministro de Relaciones Exte-

riores en el Uruguay y Ex-alumno nuestro del Colegio Pío, me llevó a la residencia particular del Señor Presidente Dr. Gabriel Terra y ¡cuál fué mi sorpresa al encontrarle en conversación íntima con el Dr. Luis Alberto de Herrera, Jefes los dos de los dos Partidos irreconciliables que empaparon en sangre las "cuchillas" uruguayas desde la Independencia a la muerte del último grande caudillo blanco, el General Aparicio Saravia, muerto de bala en los campos de Masoller (1904). Felicité a ambos por su reconciliación y en seguida se trató de la obra Salesiana en los "Talleres Don Bosco", en el Colegio Pío y en la Escuela Agrícola "Juan Jackson" que se destacan por sus frutos.

El Director del "Mercurio", uno de los ex-alumnos salesianos que habían intervenido veintisiete años antes en la organización del Congreso de Cooperadores en Santiago de Chile, me llevó al Palacio de la Moneda, donde fuí recibido por el Señor Presidente Dr. Alessandri, quien se extendió en grandes elogios de la Obra Salesiana en la Capital y en todo Chile desde el Norte hasta Magallanes.

El General Benavides, Presidente del Perú, verdadero Cooperador Salesiano, me colmó de atenciones por ser yo Salesiano y me ponderó la obra profesional de la escuela "Santa Rosa" y de la gran Escuela Agrícola en bien de los nativos a orillas del lago Titicaca, en la cumbre de los Andes.

No pude llegar a Quito desde Guayaquil, por haber interrumpido el agua las comunicaciones. Mientras me dirigía al aeropuerto en aquella clara mañana me detuve por un instante mirando y admirando la

majestad del Chimborazo proyectado contra el azul del cielo.

El Dr. Arosemena, Presidente de Panamá, me habló con verdadero cariño de la Obra de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora en favor de los obreros la primera, de las niñas de clases acomodadas la segunda.

Voy a extenderme algo más en la audiencia que me concedió el Presidente de los Estados Unidos Mr. Franklin Delano Roosevelt en la Casa Blanca, en presencia del Embajador de la República Dominicana y de Mr. Summer Welles, Sub-secretario de Estado. Recibióme Mr. Roosevelt con una cordialidad que se reflejaba en su rostro y en su franca sonrisa.

Me dijo: "Su visita, Señor Arzobispo, renueva el placer de la del Arzobispo de Chicago, Cardenal Mundeleim, quien vino ayer a despedirse antes de ir al Vaticano. Le pedí que llevase mi afectuoso y respetuoso saludo al Santo Padre Pío XI y añadí que de mi parte le rogaba preservase y conservase su vida tan preciosa y tan necesaria en esta hora crítica del mundo".

La conversación giró a otros temas hasta llegar al Monumento a Cristóbal Colón.

Después de habérselo descrito y explicado su sentido histórico y simbólico de fraternidad, le dije textualmente: "Señor Presidente, ha sido un gran bien la sustitución hecha por Ud. de la política de "Buen Vecino" en lugar de la del "Big-Stick" (bastón grande) de sus antecesores. Con esto ha mejorado Ud. la atmósfera Inter-americana. Empero las políticas, Señor Presidente, varían como varían las nubes y hasta se desvanecen como se desvanecen las nubes, si no tie-

nen una base firme. ¿Cree Ud. Señor Presidente que para su Política de "Buen Vecino" y de fraternidad Inter-continental hay una base más firme que los brazos de la Santa Cruz"?

Hubo unos instantes de silencio que él interrumpió diciendo: "La idea de ese Monumento en forma de Cruz me halaga de tal manera que no quiero dejar mi puesto sin verla realizada".

El peso de la guerra mundial y de lo que a ella se siguió ha tronchado antes de tiempo la vida del grande hombre de Estado.

En 1944, Centenario de la Independencia de la República Dominicana, el legado Pontificio Monseñor Beltrame bendijo la piedra básica del Monumento, tocándome a mí la honra de hablar en nombre del país después del Vice-presidente de la Unión Panamericana llegado de Washington. Hace dos meses tuve también la dicha de bendecir el principio de las obras que llevan el Monumento Cruz hacia su plena realidad.

## CAPÍTULO XIX

### CON LA MADRE NATURALEZA

#### OCASO DE REYES

Entre los recuerdos de este viaje no puedo dejar en la pluma los que se refieren a tres magníficos espectáculos de naturaleza que me fué dado contemplar y admirar. También en la visión profética de Don Bosco se destacan las maravillas del suelo americano.

Volábamos bordeando el Atlántico de Norte a Sur desde Venezuela hacia el Brasil. A nuestra derecha el mar de verdor de florestas vírgenes entrecortado por lazos azules serpenteantes de los ríos que vienen del horizonte y mueren en el mar. A nuestra izquierda la inmensidad del Océano se pierde en el horizonte.

Cruzando la Guayana Francesa el avión redujo la altura para que pudiéramos ver mejor la famosa prisión de "La Isla del Diablo", rodeada por aguas infestadas de tiburones que dificultan el escape de los presos.

Al caer del día llegamos al estuario del río Amazonas en el preciso momento en que el sol iba al ocaso.



He visto muchas puestas de sol en mi vida, llenas de belleza y grandiosidad; ninguna como ésta. El disco del sol agrandado por los vapores de la atmósfera bajaba en el horizonte con un cortejo de nubes de colores tan vivos y variados que se iban diluyendo con la distancia, que no encuentro frases para describirlo. Comparaba en esos momentos la magnificencia del ocaso del astro rey puesto por Dios en los cielos con el triste ocaso del "Rey Sol", Luis XIV de Francia que fué hacia la muerte en su lujoso palacio real, semiabandonado por los aduladores que le habían dado ese título pomposo y aguardaban su último aliento para lanzar sobre su cadáver el grito histórico: "¡Muerto el Rey, viva el Rey!"

Al mismo tiempo en contraste con el ocaso del sol contemplaba allá abajo la entrada tumultuosa en el océano del rey de los ríos. Una línea de espuma proyectada en forma de arco sobre el vasto estuario era la expresión elocuente de la lucha gigantesca entre la masa de las aguas del río y la resistencia del océano. Parecíame que éste le pedía cuenta de la enorme cantidad de humus robado por el río a las orillas, en su largo viaje y suspendida en sus aguas ordenándole depositarlo, antes de admitirlo en su seno en el fondo donde se forman islotes que serán quizás en el porvenir fértiles campiñas. Y se me ocurría la observación de que el malhechor ha de dar algún día con algún juez.

Seguía entretanto el avión hacia la bahía de Río de Janeiro, maravilla de naturaleza y de arte. Al bajar, mi corazón salesiano se llenó de gozo viendo, a un lado la estatua gigante del Redentor sobre el monte "Corcovado" y al otro lado de la bahía sobre una colina en

el Colegio Santa Rosa la estatua también muy destacada de María Auxiliadora, guardiana y protectora de la amplia bahía.

#### JUNTO AL ACONCAGUA

Unos días más tarde cruzábamos los Andes en un cielo excepcionalmente sereno y tranquilo entre Mendoza, Argentina y Santiago de Chile.

El avión sube, sube, dejando a nuestras espaldas el perfume y el verdor de los viñedos para avanzar hacia la altura de unos 5.000 metros sobre un indescriptible escenario de cumbres que surgen sin una señal de vegetación entrecortadas por valles arenosos y por uno que otro espejo de lagos perdidos en aquella inmensidad.

Nunca había visto algo semejante ni en los Alpes ni en mis Alpes nativos, ni en los Montes Roqueños que crucé y recrucé entre Nueva York y San Francisco de California. Allá abajo en aquella vasta desolación distinguíase, como una expresión divina de vida, la estatua del Cristo de Los Andes y a mano derecha subía, hacia el cielo la cumbre del Aconcagua cubierta de cándida nieve en pleno verano; el Aconcagua que rivaliza en altura con los gigantes del Himalaya en la altiplanicie asiática del Pamir.

Desde aquella altura bajamos lentamente hacia las fértiles campiñas que rodean Santiago de Chile.

## SOBRE UN MAR DE NEBLINA

Arica, ciudad cubierta de sangre y de gloria en una guerra heroica, pero fratricida entre Chile y Perú, fué nuestra primera etapa desde Santiago de Chile hacia el Norte. Pernocté en un hospital dirigidos por Hermanas procedentes de Sicilia, traídas allí en alas de la Caridad más fuertes que las alas de los aviones.

Muy temprano al día siguiente el avión emprendió su marcha envuelto en una masa tan densa de neblina que nada podíamos percibir al través de las ventanillas, más que las gotas condensadas sobre el vidrio a manera de lágrimas.

Subíamos con una cierta ansiedad recordando desastres producidos por la falta de visibilidad. Pero al salir de repente, a unos 3.000 metros de altura, de la masa de neblina se me presentó una escena de belleza indescriptible.

A nuestra derecha en aquel mismo momento la mitad del disco del sol en su pleno esplendor iba brotando tras los picachos andinos proyectando sobre la superficie ondulante del mar de neblina unos tintes rosados que le imprimían una belleza fantástica. A medida que avanzábamos en el aire ya del todo sereno veía yo allá abajo a la izquierda la sombra del avión, como de ave gigantesca, avanzando con nosotros sobre la superficie de la niebla.

Con el calor de la mañana se iba ésta lentamente desflecando y sus jirones en alas de la brisa matinal se alejaban hacia el Pacífico hasta deshacerse completamente el mágico espectáculo. Algunas horas más tarde, después de haber viajado sobre una vasta super-

ficie roqueña sin vegetación, bajábamos sobre el valle fértil y verde de Arequipa, fecundado por las aguas de un río.

No puedo terminar este capítulo sin recordar el trayecto tempestuoso de unos días más tarde entre el Puerto de Buenaventura (Colombia) y el Istmo de Panamá.

Para evitar las recias embestidas del viento y la oscuridad de los grandes nubarrones el frágil avión fué subiendo en vano hasta unos 4.000 metros de altura en busca de calma.

Crujían todas sus articulaciones, sacudiéndose el avión a merced de la tormenta.

Un silencio sepulcral revelaba la ansiedad de los pasajeros. Asomaba de vez en cuando el piloto desde su cabina inquiriendo si había novedad. Sentada a mi izquierda una niñita de pocos años dormía; pero la palidez del rostro y el respirar afanoso indicaban su malestar.

¡Con cuánta intensidad en esos instantes uno se encomienda a Dios ante la proximidad de poder de repente aparecer ante su Divino Tribunal!

No pudimos detenernos en la ciudad de Panamá por la borrasca. Seguimos a lo largo del Canal sin que nadie se preocupase mucho por su maravilla hasta descender finalmente en tierra firme en el aeropuerto de San Cristóbal.

## CAPÍTULO XX

### “AD LIMINA”

#### “GRACIAS AL CÓDIGO”

Debo agradecer mi última visita a Europa al Código de Derecho Canónico que ordena a los Obispos visitas periódicas a las Basílicas de San Pedro y San Pablo y a rendir cuentas de su mayordomía al Santo Padre y a las Congregaciones Romanas.

Con este objeto, terminadas las funciones de Semana Santa en mi Catedral a fines de abril de 1939, dispuse mi itinerario así: la segunda mitad de mayo junto a Don Bosco y a María Auxiliadora en Turín; la primera mitad de junio en Roma; la segunda mitad en mi tierra natal y celebrando San Pedro con el Rector Mayor, don Pedro Ricaldone, en la Casa Madre y la primera mitad de julio en visita a vuelo de pájaro a través de España para embarcarme el 13 de ese mes en Gibraltar en el pobre “Rex”, desmantelado más tarde, después de la guerra, por manos extrañas en la Istria italiana.

¡Con cuánto calor fraternal es uno recibido en el

Oratorio, impregnado aún del espíritu de Don Bosco!

No pude celebrar sin lágrimas la Santa Misa en el altar de San Juan Bosco ante cuya tumba yo me había arrodillado adolescente, al llegar a Valsálice. Frente a su altar en la Basílica de María Auxiliadora se halla el altar de la Beata María Mazzarello, recién beatificada y cuyo panegírico tuve la dicha de pronunciar en la próxima Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora.

Más aún: como por dificultades de última hora no pudo el Obispo de Parma predicar en el Santuario el 24 de mayo, se me encomendó el privilegio de ponderar su maternal protección en el desarrollo milagroso de su obra en tierras de América.

Al describir de paso la escena de la despedida de un grupo de Misioneros conmigo entre ellos en aquel mismo Presbiterio, con el brazo y la bendición del Señor Don Rúa, la emoción me subió a la garganta y hube de suspender por unos instantes mis palabras.

Como era natural, tuve que ensalzar las grandes figuras salesianas piemontesas que iniciaron la obra de Don Bosco en tierras de América con estas frases más o menos: "Esta magnífica raza piemontesa, cuando pone manos a la espada unifica la patria; cuando pone manos al arado, transforma en vergeles las llanuras de Santa Fe y las Pampas Argentinas y cuando empuña la cruz despierta una primavera católica entre las tribus de la Patagonia y de la Tierra del Fuego".

Había tocado con estas palabras la fibra, al parecer algo fría, de mi auditorio, piemontés en su casi totalidad.

Cuando llegué a la sacristía, todos me rodearon exclamando: "Nunca se predicó un sermón tan elocuente en la Basílica de María Auxiliadora".

#### CON EL PADRE SANTO

Fué unos días después cuando tuve la suerte de ser admitido por el Santo Padre Pío XII.

Pronto se desvaneció mi prevención ante la franca sonrisa con la que me tendió su mano, que besé afectuosamente, y añadió: "Siéntese Arzobispo de Santo Domingo y dígame algo de esa tierra para mí tan querida".

Le dije lo que debía decirle de oficio. Luego, pareciéndome terminado el cuarto de hora reglamentario, añadí: "Santidad no quiero abusar de vuestro tiempo precioso". "No". Dijo él "siga nomás hablando".

"Ya que Vuestra Santidad me lo concede permitidme felicitaros por las palabras de esperanzas de paz dichas por Vuestra Santidad hace unos días al Colegio Cardenalicio con ocasión de Vuestro onomástico".

Una sombra de duda cruzó su frente mientras en los labios florecía una sonrisa. La sombra se convirtió tres meses después en la tragedia de la guerra mundial.

Yo agregué: "Santidad, Vuestras palabras cruzaron el mundo llevando a las almas una sensación de alivio. Todos los grandes rotativos de Estados Unidos las reprodujeron, apenas dichas. Y a propósito de Estados Unidos, permita Vuestra Santidad que le repita las palabras del Presidente Roosevelt respecto de la importancia del papado, que yo mismo oí de sus labios en

una audiencia con él en la "Casa Blanca". Mis lectores ya las conocen".

Al despedirme parecíame ver reflejado en su rostro la imagen de Pedro, el primero en la serie pontificia y parecíame oír vibrar en sus labios el eco remoto del Príncipe de los Apóstoles.

Desde el Vaticano me dirigí a la Casa Generalicia de la Compañía de Jesús para pedirle al General Rvdmo. Padre Ledóchowski que me enviara a un grupo de sus Hijos para hacerse cargo de un Seminario Menor en proyecto.

Nuestro encuentro de diez años antes, durante la Beatificación de Don Bosco, que él tenía bien presente, influyó quizás en una inmediata respuesta favorable que trajo a Santo Domingo a los Hijos de San Ignacio quienes hoy regentan el gran Seminario Central con un número de seminaristas que sobrepasa el centenar.

Cuando en aquellos días incliné mi cabeza en oración sobre la tumba de los Apóstoles Pedro y Pablo, creí oír una voz salida de allí que me recordaba la grave obligación de mantener viva la fe, pura la moral e intenso el culto casi veinte veces secular señalado por ellos con el martirio.

¡DE LAS VISIONES AL... FALERNO!

En la Basílica de San Pedro me detuve por largo rato mirando y admirando la gran estatua marmórea de San Juan Bosco en uno de los nichos de la cornisa de la nave central y mi admiración crecía más y más pensando en la primera visita a Roma del joven Don Bosco hacia la mitad del siglo pasado.



Le dijo aquella mañana a su acompañante Miguel Rúa, aún no ordenado sacerdote: "Miguel, oye el extraño sueño que tuve anoche. Parecíame estar en aquel nicho en lo alto de la Basílica de San Pedro y le pedía a gritos a la gente que me ayudasen a bajar de allí".

La humildad de Don Bosco que siempre lo llevaba a un bajo concepto de sí mismo, por una sorprendente realización del sueño, lo ensalzó, cumpliéndose el dicho escritural: "El que se rebaja será ensalzado". Me aseguran que Pío XI había negado permiso para colocar en aquel nicho la estatua de otros grandes santos. Cuando se trató de Don Bosco el sí brotó inmediato y espontáneo de sus labios.

No podía tampoco dejar de visitar el Agro Romano y su capital Lictoria, donde nuestros Hermanos ejercen el ministerio de almas. No iba allí para admirar la portentosa obra de saneamiento, ni para contemplar los trigales dorados, mecidos por la brisa. Quería en cambio ver con mis ojos la realidad de lo que Don Bosco había profetizado en 1887 en el Colegio del Sagrado Corazón, cuando le dijo al Director: "De aquí saldrá un grupo de nuestros Salesianos para ejercer el Ministerio sacerdotal en el Agro Romano", cubierto entonces de aguas malsanas, hervidero de mosquitos y de malaria.

En la vida de nuestro Santo Fundador lo sobrenatural y lo natural se asociaban como la luz del sol se asocia con la nube convirtiéndola en una isla encantada flotante por la atmósfera, irradiando fulgores.

Al recorrer el Agro Romano saneado parecíame respirar el perfume de la niña virgen y mártir, María Goretti, la que en esos mismos campos prefirió ser

cosida a puñaladas antes que ser mancillada por el cobarde asesino.

Con grande placer de alma volví a encontrarme en aquellos días con el Excmo. Mons. Félix A. Guerra, Arzobispo Salesiano que había sido cuarenta y seis años antes mi Catequista y Consejero y mi Director más tarde en la Casa de Formación del Uruguay. Le había profesado siempre el afecto y la gratitud que se merecía.

Tenía excelentes cualidades para mantener el orden como Consejero y fomentar la piedad como Catequista. Sabía alternar recias "catilnarias a lo Cicerón" con suaves pláticas de sabor virgiliano en preparación de las fiestas religiosas. Se le quería y se le respetaba.

Recuerdo que al iniciar su oficio de Confesor, con gran pena mía (era yo Asistente), notaba que nadie se movía de su lugar para ir al confesonario, siempre poblado de clientes. Uno que otro alumno echaba una miradita de soslayo que lo inmovilizaba bajo la impresión, predominante en aquel momento de excesivo respeto.

No era mi día de confesión. Pero había que romper el hielo. Después de una preparación improvisada, marché resueltamente al confesonario. Y se vió entonces una vez más que el ejemplo arrastra.

El Señor Arzobispo tuvo la delicadeza de invitarnos a Mons. Esandi, Obispo Salesiano argentino y a mí a un paseo hasta el Colegio Salesiano en la Ciudad de Gaeta, donde él solía residir.

Nos acompañaba el recuerdo del grande Gregorio VII y del no menos grande Pío IX, prófugos en aquella ciudad, huyendo el primero de la prepotencia im-

perial y el segundo de la furia republicana del efímero triunvirato de 1848 en Roma.

Mons. Guerra nos entretuvo con una comida exquisita, brindándonos al fin una copa del célebre vino "Falerno".

¿Hubiera yo jamás soñado que con aquel vino, conocido por mí al través de las estrofas de Horacio, Ovidio, etc., se iba a sellar entre el Maestro Arzobispo y el alumno Arzobispo una amistad casi semisecular?

Mientras dicto estas líneas me llega la triste noticia de la muerte del querido Obispo, Mons. Nicolás Esandi, a quien cerró los ojos su venerando padre de noventa y cinco años de edad. . .

## CAPÍTULO XXI

### EN LA ESPAÑA REDIMIDA

#### CRUZANDO LOS PIRINEOS

El primer domingo de julio celebré Misa y distribuí la Primera Comuni3n en la Parroquia de Cerveres en la frontera de Espa1a.

Paseando despu3s con el buen p3rroco frente al t3nel internacional que cruza a Espa1a 3l me decía: "Monse1or, con mis mismos ojos vi cruzar por ese t3nel una fila interminable de convoyes cargados de municiones y armamentos que el "Frente Popular" de Le3n Blum y de otros gobiernos de su ralea enviaban al "Frente Popular" espa1ol.

Una hora m3s tarde, bajando en taxímetro por la cuesta espa1ola hacia Port-Bou, veía con horror a mi izquierda hacia abajo centenares de esqueletos de veh3culos de toda clase que los fugitivos perseguidos por las huestes de Franco ebrias de victoria habían rociado de gasolina y entregado a las llamas para inutilizarlos.

De cada uno de aquellos veh3culos parecía salir la voz de la verdad y de la justicia que siempre triunfan al fin.

En Barcelona encontré la Obra Salesiana reviviendo como el Ave Fénix de entre las cenizas. En lo alto del "Tibi-Dabo" el gran Santuario del Sagrado Corazón anunciado por Don Bosco en el año 1886, había resistido a la furia vandálica y la misma estatua gigantesca del Sagrado Corazón hubo de ser serruchada por no haberse podido arrancar de su pedestal.

Después de haber celebrado misa en el Santuario de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, misa que nunca olvidaré, me dirigí hacia Pamplona para festejar allí, en compañía del Obispo Salesiano Don Marcelino Olaechea, el día de San Fermín.

#### EN LA TIERRA DE SAN IGNACIO

¡Qué hondo contraste entre los llanos de Aragón arrasados por la guerra y la sequía y el triunfo de vegetación a lo largo del Ebro en las tierras de Navarra!

Este admirable pueblo navarro que había sacrificado la flor de sus juventudes, siempre en la línea de fuego parecía ahora haber olvidado la tragedia reciente para entregarse con su honda fe católica y su característica alegría a la celebración de San Fermín, el Patrono de Navarra.

Con el Señor Obispo fuimos temprano al través de las calles rebosantes de alegría a contemplar el célebre "encierro de los toros" desde el balcón de la residencia de una distinguida matrona navarra. En el camino el señor Obispo me refirió brevemente un hecho admirable, que nos recuerda los días de las catacumbas.

Después de los primeros saludos me senté junto a la

señora, rigurosamente vestida de luto, como también sus nueve hijos que le hacían corona.

Ni los años ni la maternidad fecunda habían borrado de su rostro, velado de tristeza, la belleza a la vez física y moral que se reflejaba también en cada uno de sus hijos.

“Señora, le dije, conozco algo de la tragedia que constituye la gloria de su hogar. ¡Cuánto me agradecería escucharla de sus labios!”

“Con mucho gusto, Monseñor”. Y un toque de emoción cruzó por su semblante.

“Mi esposo pertenecía al Estado Mayor del Rey. Cuando éste renunció y se inició el régimen republicano en 1931, dejó él también su puesto para consagrarse a sus intereses domésticos y la Acción Católica, llegando a presidir las Juventudes Católicas Navarras. Íbamos todos los veranos para una breve vacación a orillas del Mar Cantábrico cerca de la ciudad de Santander. Allí nos sorprendió la Guerra Civil en 1936. Santander cayó en manos de los rojos y usted puede suponer lo que el corazón me anunciaba. Miembros de las huestes marxistas se presentaban a menudo en nuestro hogar y sometían a mi marido a largos interrogatorios. Una vez fué citado ante su Tribunal para el día siguiente. Comprendí que sería el último de su vida. Por eso envié de prisa a mi hijo más pequeño a solicitar de un sacerdote oculto que nos celebrase misa muy temprano en la mañana. Me contestó que no sería prudente y que enviara de nuevo al niño a primera hora.

Volvió él con un sagrado depósito envuelto en un pañuelo de seda y oculto bajo su vestidito. Al verlo

venir pensamos en San Tarcisio. Sobre una mesa improvisé un altarcito colocando en él las once hostias consagradas. Nos arrodillamos todos en derredor y mi marido con voz firme y serena fué leyendo la oración prepatoria de la Santa Comunión. En seguida él mismo comulgó y con su propia mano nos fué dando la Santa Comunión, comenzando por su esposa hasta el más pequeñito. Luego rezó con nosotros la acción de gracias, y se despidió besándonos a todos en la frente. Ya no le vimos más, los cobardes le llevaron a la mar despeñándolo en sus aguas. Éstas, menos crueles, trajeron su cuerpo a la orilla y fué enterrado en una fosa común en la que acertamos a individualizarlo”.

Aquí el Señor Obispo añadió: “Lo traerán dentro de unos días a Pamplona y le haremos una recepción como pocas se han hecho en tierras de Navarra...”.

Sonó en aquel momento el cohete que anunciaba la llegada de los toros. Mientras presenciábamos, más que el espectáculo taurino, el relato de aquella matrona, llenaba mi espíritu.

#### FRENTE A LOS PRESOS

Dos días más tarde me hallaba en nuestro gran Colegio de la calle de Atocha (Madrid). Acababan de celebrar en el teatrillo del Colegio convertido en Templo Parroquial, por haber sido incendiado el de la Parroquia vecina. Mientras me desayunaba con los Hermanos llega a mis oídos un coro poderoso de voces viriles.

“¿Qué es eso?”, pregunté.

“Son los mil trescientos presos que oyen misa en el

patio grande del Colegio". Éste había sido convertido en prisión.

"Vamos allá", y seguimos pasando por encima de municiones desparramadas por el piso de los talleres de la Escuela, utilizados por los rojos como fábrica de armamentos.

La misa tocaba al fin. Desde la plataforma del altar pude contemplar aquella muchedumbre de rostros en su mayoría juveniles. ¡Qué honda pena se apoderó de mí pensando en el vendaval revolucionario que había arrollado tantas existencias en flor!

Con el permiso del Director de la prisión les hablé, llamándoles hermanos. "Hermanos os llamo, porque si yo hubiera cruzado por las circunstancias y el ambiente vuestro, sería yo quizá uno de vosotros. Y si vosotros hubiérais cruzado por las circunstancias de mi vida, quizás esta cruz pectoral colgaría sobre el pecho de alguno de vosotros".

Seguí hablándoles de la Justicia Divina y de la humana. Les recordé su hogar, sus padres, esposas y prometidas. Una ola de emoción los invadió.

Pedí al Señor Director allí presente indulgencia para esta juventud más extraviada que criminal.

Les pedí que reaccionasen hondamente ante Dios y la Patria y, apuntando hacia el cielo, les prometí que por èse camino todos llegaríamos allí.

Se me agolparon en derredor para agradecerme lo dicho. Algunos de ellos, sabiéndome salesiano, me murmuraron sollozando en el oído: "Monseñor, hemos jugado como alumnos en estos patios que son hoy nuestra cárcel. . ."



Les pedí que volvieran a ser dignos de Don Bosco y de María Auxiliadora.

Al salir a la calle vi con sorpresa en el frente de la capilla del Colegio la estatua de María Auxiliadora intacta en su nicho y las campanas intactas asomando también en el pequeño campanario.

Nadie me supo explicar este hecho singular, después de tres años de odio y de destrucción de todo lo religioso. Concluimos que varios ex alumnos de nuestros talleres, que siguieron trabajando allí mismo en la fábrica de municiones, no permitieron la destrucción de aquella estatua que había protegido su niñez y de esas campanas cuyo sonido había alegrado la primavera de su vida.

#### EN EL PEÑÓN

De paso por Córdoba y Algeciras vi con grande placer la obra salesiana en plena acción educativa y "caritativa"; caritativa en el sentido de que muchos huérfanos, hijos de mártires de la fe y de la Patria, encontraban su hogar en la casa salesiana. En espera del transatlántico "Rex", pasé mis últimas horas en la casa de los Padres Claretanos en Gibraltar.

Al ponerse el sol me encontré solo por un largo rato en lo alto de la azotea desde la que podía dominar el panorama del histórico estrecho, con el Peñón de Gibraltar a mis espaldas y la costa africana allí enfrente.

¡Qué hora intensa de recuerdos! La leyenda prehistórica había fijado allí las columnas de Hércules, con el misterio del océano a occidente.

Por allí pasaron los Fenicios poblando de pequeñas Colonias las costas del Continente. Siguiéron sus sucesores los Cartagineses con su poderío comercial y militar frente a Roma.

Por allí pasó el joven Aníbal para el célebre juramento de odio a muerte a las águilas de Roma.

Algo más tarde llegó un modesto judío desde la remota Palestina: Santiago el Mayor, trayendo como arma un signo de infamia, la cruz, convertida en signo de redención y de vida. Recorrió España sembrando la nueva doctrina hasta el Noroeste donde surgió la ciudad homónima de Santiago de Compostela. Después de casi veinte siglos esta doctrina constituye aún el alma de la raza hispana, imprimiéndole un poder que dió cuenta de todos sus enemigos, desde Mahoma al comunismo reciente.

Mientras dicto estas líneas, *setenta y cinco mil jóvenes católicos* de todo el mundo se han congregado para rendir homenaje al modesto judío.

Cuatro siglos más tarde cruzaron el estrecho desde el Norte las hordas de los vándalos e iluminaron con la luz siniestra de los incendios de ciudades las postrimerías de San Agustín de Hipona.

Por aquí desde el Sur algo más tarde, cruzaron a su vez los hijos de Mahoma, ebrios de conquista, quienes en sus ágiles corceles llegaron hasta el corazón mismo de Francia, donde los detuvo Carlos Martel. Siete siglos de cruzada heroica fueron necesarios para su lenta expulsión que coronó de gloria a los Reyes Católicos en la conquista final de Granada.

Desde aquí a fines de aquel mismo siglo XV desplegaron velas los tres navíos del atrevido genovés

que entregó a España y a la civilización cristiana un Nuevo Mundo.

Todos estos recuerdos se agolparon en mi memoria mientras el sol se hundía en el Atlántico. Con ellos me embarqué en el "Rex", despidiéndome de España, gran Madre de pueblos, que constituye hoy un faro de vida católica y un bastión irreductible contra la amenaza que se cierne sobre Europa desde las estepas mogóticas.

Después de una rápida visita a nuestros Hermanos de Estados Unidos y de Cuba regresé a mi amada diócesis en la segunda mitad de julio.

## CAPÍTULO XXII

### EN LA PATRIA DE SIMÓN BOLÍVAR

#### EN PLENA MARCHA

Durante el año 1943 se preparaba este país para la solemne celebración del primer Centenario de su Independencia. En esta ocasión dos razones motivaron una visita mía a Venezuela, Patria de Bolívar.

La primera fué la de suavizar las relaciones a la sazón muy tirantes entre los dos Gobiernos y la segunda la de devolver a su Patria los restos de uno de los prohombres de la Independencia muerto en el destierro y enterrado en una Iglesia de la Ciudad de Mérida en la región de Los Andes.

Naturalmente me llevaba también un vivo deseo de conocer la obra salesiana que había recibido un fuerte impulso por su Inspector el Rvmo. Padre Santolini, quien había traído desde la Argentina la amplitud de ideales y el vigor salesiano característico de aquel país, cuna salesiana de América.

Diminuto de estatura, pero de una actividad inversa-

mente proporcional a su ser físico, había realizado en pocos años lo increíble.

Pude comprobarlo en la misma Casa Inspectorial a cuya edificación primitiva él agregó magníficos edificios modernos que flanquean por tres lados uno de los patios más amplios y pedagógicos que yo he visto en Colegios Salesianos.

Este colegio dirigido por el joven sacerdote Padre Segundo García, argentino él también y brazo derecho del Inspector, es una verdadera colmena saturada de la vida multiforme del programa salesiano. Vida espiritual en el artístico Santuario de María Auxiliadora; vida profesional en un conjunto de talleres modernos de veras modelo, especialmente en las artes gráficas y la mecánica; vida educativa en un alumnado que por el número y calidad constituye allí un orgullo salesiano.

El mismo impulso de vida fué impreso a la obra de las vocaciones, pues el angosto y malsano edificio anterior fué trasladado a una amplia propiedad próxima a la Capital, en la que funciona al mismo tiempo una Escuela Agrícola especializada que responde, con otra algo más distante, a una verdadera necesidad del país. Y en una altura próxima a la Capital se había ya adquirido el terreno para un gran Santuario en honor de San Juan Bosco que dominará desde allí los contornos más panorámicos y más poblados de la Capital.

Pude comprobar personalmente el prestigio salesiano, pues todas las puertas se me abrían aún las más altas del Gobierno, más por mi carácter salesiano que por el de arzobispo.

Me hacía recordar el inmenso prestigio social de nuestro Santo Fundador aún entre los más destacados representantes del liberalismo anticlerical de su época.

No hay puerta que se cierre al nombre de Don Bosco.

#### EN LA REGIÓN DE LOS ANDES

El avión me dejó cerca del mediodía en la ciudad de Valera, al pie de las altísimas cumbres que rodean la meseta de la ciudad de Mérida a la que me llevaba mi segunda misión. Qué buenos ratos pasé con los queridos Hermanos del Colegio Salesiano en pleno desarrollo.

Por la tarde en automóvil fuimos trepando por el camino trazado por los españoles a mitad del siglo XVI y recorrido dos siglos y medio más tarde por las huestes del Gran Libertador. En la cumbre, a unos 4.000 metros de altura, me detuve ante el águila de bronce que se yergue sobre un gran pedestal con inscripción relativa al paso de Simón Bolívar por allí. Los recuerdos históricos parecen tomar forma y vida en la soledad de aquellas alturas y frente al monumento recordatorio.

Suelen comparar, y con razón, la meseta de Mérida a un pequeño paraíso terrenal regado por ríos que nos recuerdan los del Génesis.

Es una Ciudad eminentemente culta y hospitalaria. Pude gozar de esa hospitalidad en el Palacio Episcopal, donde se me prestó toda cooperación para hallar y recoger en una pequeña urna los restos del prohombre dominicano.

Era la víspera del 24 de mayo y tuve la gran dicha de iniciar la celebración de la fiesta de Nuestra Madre con la misa de Comunión en el floreciente Colegio de las Hijas de María Auxiliadora en aquella ciudad.

Ellas se habían encargado además de acomodar bien los restos en la pequeña urna y al despedirme me aseguraron que la habían colocado en el asiento delantero del automóvil que me llevaría en un viaje de casi todo el día a la ciudad de Bolívar, término de mi excursión.

Después de haber dicho adiós a un grupito de amigos que me acompañaron hasta las afueras de la ciudad, se me ocurrió asomarme al asiento delantero para ver la urna y sentí un escalofrío instintivo al leer con grandes letras blancas sobre el paño negro que envolvía la urna mi nombre y apellido. No tardé sin embargo en convencerme de que aquellos restos, a pesar del nombre, no eran los míos. Pero pensé en seguida en lo que experimentaría el Emperador Carlos V metido en un ataúd sobre un catafalco, cuando les exigía a las monjas del Monasterio de Yuste (Extremadura - España) que le oficiasen sus funerales.

La carretera que seguíamos, abierta en la pendiente escarpada de la montaña, con el río espumoso allá en la profundidad, no dejaba de ser peligrosa tanto por las curvas como por los frecuentes desprendimientos de tierra.

Con grande sorpresa mía, a la vera del camino, en una de esas curvas me detengo ante un nicho con una bella imagen de María Auxiliadora y al pie en el pedestal, el recuerdo escrito de la tragedia acaecida allí.

El automóvil en el que viajaban cinco Hermanas Salesianas, entre ellas la Madre Inspectora, se había

precipitado rodando por la pendiente hacia el abismo. Las cinco Hermanas y la señorita que guiaba el coche fueron despedidas violentamente a un lado y al otro antes que el vehículo se detuviese volcado contra un árbol en el borde mismo. Cuatro de las Hermanas buscaron y llamaron en vano a la Madre Inspectora. ¿Se habría precipitado en las aguas del torrente?

Cuando unos pasajeros fueron en su ayuda y consiguieron enderezar el carro volcado, allí estaba la Madre sin sentido. ¡Pero la configuración del suelo había impedido que el automóvil la aplastase!

¡Qué bello episodio para ser recordado el día de la fiesta de la Madre! A mediodía fuí huésped de un párroco y, cuál no fué mi alegría al contemplar en la Iglesia Parroquial, sobre un artístico altar de mármol, una no menos artística estatua de María Auxiliadora.

En otras poblaciones diseñadas a lo largo de la tortuosa carretera me encontré con la práctica de esta devoción y pude terminar la fiesta en el Colegio Salesiano de Táriba a pocos kilómetros de la ciudad de Bolívar.

¡Bendita obra salesiana que se tiende como una red hasta los lugares más recónditos!

#### SOBRE LOS LLANOS DEL ORINOCO

Otro colegio de las Hijas de María Auxiliadora domina en Bolívar la educación de las niñas de las mejores familias con la historia de un brillante éxito y la promesa de un porvenir aún más brillante.

Inolvidables las horas que pasé en aquel remoto rincón de Los Andes con las buenas Hermanas.



El avión que me devolvía a la Capital se elevó a grandes alturas teniendo a la derecha las altas cumbres andinas y extendiéndose a la izquierda, hasta perderse en el horizonte, los históricos llanos del Orinoco.

Con la imaginación recorría yo el gran río hasta sus orígenes donde el celo de los Misioneros, hijos de Don Bosco habían realizado y seguían realizando milagros de apostolado entre los indios de aquella región a poca distancia de las cabeceras del Río Negro, Brasil, donde también trabajan con gran resultado los Hijos de Don Bosco a lo largo de aquel grande afluente del Amazonas.

Al regresar de Venezuela traía en el alma íntimamente asociados los recuerdos históricos de la epopeya de la Independencia Americana y de los triunfos de mis Hermanos en Don Bosco y en María Auxiliadora.

## CAPÍTULO XXIII

### UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL

#### "LOS TRES RICARDOS"

A principios de este año 1939, regresando de la ciudad de Ponce, Puerto Rico, alguien me habló en el barco de dos sacerdotes americanos que luego encontré sobre el puente.

"¿De dónde son y cómo se llaman?" les pregunté.

"De la ciudad de Boston (Massachusetts)", me contestó uno de ellos. "Soy el Padre Ricardo Cushing, encargado de las oficinas de la Propagación de la Fe".

"¿Ricardo?", añadí, "¿y usted, Padre?"

"Yo me llamo Padre Ricardo Quinlan y soy el Inspector de las Escuelas Católicas de Boston".

"¿Ricardo Ud. también? Pues somos una "trinidad Ricardiana". Yo también me llamó así".

La comunidad de nombres engendró una comunidad de almas.

De esta comunidad brotó la siguiente pregunta del Padre Cushing: "Monseñor, ¿está Ud. proyectando alguna obra en su Diócesis?"

“Efectivamente quisiera iniciar la construcción de un templo en uno de los suburbios más necesitados de la Capital, dedicándolo a San Juan Bosco, el fundador de la Sociedad a la que me honro de pertenecer”.

“Si Ud. se digna aceptarla, pongo a su disposición para ello la suma de \$ 5.000 dólares”.

“Bien poco me cuesta el dignarme aceptarla, querido Padre”. Respondí con el corazón tanto más reboante cuanto mayor era mi escasez de recursos para tal obra.

Así nació la Iglesia de San Juan Bosco que, convertida hoy en Parroquia, es un foco de piedad y de Mejoramiento Social.

Así nació también una amistad que aún perdura, en verdad providencial por lo que sigue.

#### “A SU TIEMPO”

Seis años más tarde, estando yo postrado en un Hospital de Nueva York, la enfermera me leyó una mañana la noticia del nombramiento del Padre Ricardo Cushing para el Arzobispado de Boston. No me sorprendí conociendo sus cualidades excepcionales y su singular espíritu misionero.

En seguida recordé la visión de Don Bosco en su viaje aéreo desde el Mar Caribe a Valparaíso (Chile), guiado por el joven Luis Colle, de santa memoria.

“Por qué no vamos a Boston, adonde nos llaman?” le había dicho Don Bosco.

“No”, fué la respuesta del joven. “*Toda cosa a su tiempo*”.

A pesar de medio siglo de fundada la Obra Salesiana en Estados Unidos, nunca "ese tiempo" había llegado. A mí mismo, durante mi Inspectorado, nunca se me había ofrecido la ocasión.

El corazón me dijo: "Éste es el tiempo".

De acuerdo con el nuevo Inspector, Don Eneas Tozzi, así se lo comuniqué a Monseñor Cushing, quien de inmediato lo invitó a trasladarse a Boston para decirle que proyectaba una grande Escuela Profesional en memoria de su predecesor, el Venerando Cardenal O'Connell y que los Salesianos la deberían regentar.

Entre tanto los invitaba a trasladarse de inmediato a Boston, adonde efectivamente se trasladaron unos días más tarde.

Hoy Don Bosco domina en un barrio popular de aquella grande capital en una Escuela de Artes y Oficios y en un Oratorio Festivo, el primero de su género en aquel país.

El encuentro sobre el puente del barco había sido doblemente providencial.

La Divina Providencia se había servido de mí, como de instrumento, para la entrada triunfal de Don Bosco en la gran Metrópoli del Norte.

## CAPÍTULO XXIV.

### ¡CASI CIEGO!

ANTES

Con este "casi" doy gracias a Dios por haberme dejado un pequeño resquicio por el que percibo aún algo de luz y la silueta indistinta de personas y cosas que se mueven a mi lado. Este resquicio es para mí lo que para el náufrago la tabla que lo mantiene a flote sobre las profundidades del mar.

Hubiera preferido no tocar este episodio doloroso y reciente de mi vida. Lo hago con el deseo de ser útil a mis Hermanos previniéndolos contra las causas de un efecto tan grave.

Creo haber nacido con el defecto de la miopía, original como el pecado homónimo.

Comencé a usar lentes a los quince años, aumentando periódicamente su fuerza con el debilitarse de la vista.

Empero todo tiene un límite y el de mis lentes me fué señalado por un aventajado profesor oculista de Turín en 1939.

"Confórmese con lo que le queda de vista, me dijo. Aumentar el poder de sus lentes sería ponerla en peligro".

Le pareció anticuada esta opinión cuatro años más tarde a un joven profesor del hospital "John Hopkins" en la Ciudad de Baltimore (Estados Unidos). Los lentes de mayor poder recetados por él apresuraron el desprendimiento gradual de la retina previsto por el profesor turinés.

Yo había ignorado hasta entonces que el ser uno miope es ser candidato a esta terrible enfermedad que se identifica con la ceguera.

Ténganlo presente los que sufren de miopía.

Más aún, yo cometí el error bastante común de abusar de mis ojos.

Además de usarlos en el cumplimiento de mi deber, abusaba de ellos por el ansia loca de saber, con razón criticada en las primeras páginas de la Imitación de Cristo.

Leía continuamente en los viajes de ferrocarril a pesar de la trepidación; leía de noche durante los años de mi arzobispado hasta hora tarde y con luz a veces deficiente, hasta sentir el cansancio y la protesta de los ojos. La última obra que leí en aquellas horas me había sido regalada, como obsequio y producción personal, por el célebre Sacerdote italiano Don Luigi Sturzo, fundador del "Partido Popular Italiano". Le había visitado enfermo en el hospital "San José" de Jacksonville (Florida).

Finalmente las visitas pastorales por malos caminos, y las consiguientes sacudidas, acabaron por provocar

ciertas sombras en mi ojo derecho precursoras del desprendimiento de la retina.

## DURANTE

Aquí comenzó un calvario de operaciones a la vista; dos en el ojo derecho y cinco en el izquierdo; a cual más dolorosa.

Fué tan agudo el dolor de la cuarta en el ojo izquierdo que él y el corazón amenazaron ir a la huelga, si el dolor seguía.

Fué a la huelga el pobre ojo, deshecho en sangre. Pero el buen corazón siguió y sigue trabajando, gracias a Dios, con sus pulsaciones normales de bomba absorbente e impelente.

Hubo que sustituir el ojo izquierdo por uno artificial, por cierto muy parecido.

Mientras el fabricante durante la colocación me refería que el secreto de estos ojos artificiales se lo habían sustraído a los chinos, en mi interior sentía un toque de gratitud hacia el célebre Marco Polo y los buenos Franciscanos que hace siete siglos descubrieron y evangelizaron la tierra de Confucio.

La operación del desprendimiento de retina es en extremo delicada y reclama manos muy expertas.

Después del corte doloroso de los nervios que mantienen el ojo en posición, el especialista con una aguja finísima taladra por tres veces el ojo a fin de provocar entre la córnea y la retina la formación de un líquido que remueve la adhesión de la retina, durante unas semanas de perfecta inmovilidad de la cabeza.

Empero el mismo doctor le previene a uno que la

operación se efectúa dentro de lo que los moralistas llaman un "tenue probabilismo".

Si he de ser sincero, pido a mis Hermanos que piensen diez veces antes de ir a la mesa de operaciones por desprendimiento de retina.

Más bien aténganse al sistema preventivo, cuidando sus ojos más de lo que yo los cuidé.

#### DESPUÉS

Sigo, pues, siendo ciego por casi tres años.

No he de negar que esa sombra perpetua tendida ante mis ojos refleja un velo de tristeza en el fondo de mi ser. No puedo ya percibir la belleza resultante de las formas, las líneas y los colores. No puedo gozar de los espectáculos de la naturaleza y del arte; de las cosas bellas que, según la definición de Santo Tomás, "vistas agradan".

De un modo particular lamento no poder ver en los ojos del amigo el reflejo de la amistad, en los ojos del niño el reflejo de la inocencia y en el centelleo de las estrellas el reflejo de Dios.

Todo esto me entristece pero no me hace infeliz.

Ahora estoy convencido más que nunca de que la verdadera felicidad emana de una conciencia tranquila, en buenas relaciones con Dios y con el prójimo; que no penetra por los ojos, sino brota con la voz que nos asegura haber cumplido con nuestro deber.

Además aún sin ojos se puede trabajar y aún gozar de la belleza que nos llega al través del oído envuelta en la armonía de los sonidos y en la casi divina expresión de la palabra.



Así pude seguir y aún sigo cumpliendo con los deberes de mi estado, en perpetuo contacto con las almas que me han sido confiadas y recorriendo, aunque no como antes, de un cabo al otro mi vasta Diócesis.

Otra cosa que me apena es la nostalgia "litúrgica". Tan sólo cuando se pierde la salud se aprecia su valor y todo el valor de la liturgia Eclesiástica, se aprecia cuando los ojos se cierran al rezo del breviario y del Misal y cesa el contacto con ese maravilloso ciclo del año litúrgico que interpreta y satisface todas las necesidades de la vida sobrenatural, en plena simetría con el ciclo astronómico que interpreta y satisface las de la vida material con el sucederse y alternarse de los tiempos de las flores y de los frutos, el sol de verano y de la nieve invernal.

Cuando el monaguillo por la mañana al comenzar mi misa de la Virgen o de finados me anuncia el nombre del Santo del día o de la festividad correspondiente al tiempo litúrgico, paréceme que el eco de una voz amiga llega a mí desde un remoto pasado.

Con el corazón en la mano pido a mis Hermanos, a los Sacerdotes particularmente, que no alejen, con la distracción de la rutina, sus labios de esta fuente perenne de Vida, que es la liturgia católica. En ella se asocian de un modo admirable la religión y el arte, poniendo en el alma dos alas que la elevan poderosamente a Dios.

Debo agregar algo más para consuelo de los que van perdiendo la vista. La distracción que ésta nos ofrece poniéndonos en contacto con el panorama exterior queda compensada para el ciego por una mayor necesidad de reflexión y concentración en la vida in-

terior. Disminuye y hasta llega a perderse la experiencia de los fenómenos que penetran por los ojos. Pero en cambio la mente se aplica más al estudio de sus causas, es decir del saber verdadero, y por ese camino se acerca más y más a la Causa Suprema.

Finalmente por el hecho de ser uno ciego piensa más a menudo y con un consuelo más intenso en aquellas frases divinas: "Si alguien quiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame".

La Suya es siempre la más pesada.

## CAPÍTULO XXV

?

El 22 de enero del próximo año 1949 cumpliré los 50 años de vida sacerdotal. Dos semanas más tarde mi hermano Pedro, el único superviviente de los diecisiete que éramos cumplirá sus bodas de oro de casamiento, rodeado de hijos y nietos, en el Uruguay donde yo celebré mi primera misa. Además uno de mis cuatro sobrinos salesianos celebrará allí en ese tiempo la primera suya.

Por todas estas circunstancias, añadidas a la conveniencia de popularizar en un viaje, como el que hice hace diez años, el Monumento Interamericano a Cristóbal Colón en los países del Atlántico y del Pacífico, acaricio el propósito de celebrar mis Bodas de Oro entre los Salesianos, responsables hoy de nuestra Obra en el Uruguay y Paraguay, que se formaron entonces entre mis manos en la vida salesiana.

¿Se realizará este ideal? He aquí la razón del título de este capítulo, cuya respuesta depende de Dios.

Entre tanto cierro este opúsculo de memorias con un último recuerdo.

En enero de 1895 nos predicó los Ejercicios Espirituales en la Capilla de María Auxiliadora de Villa Colón (cerca de Montevideo), Mons. Juan Cagliero.

Aún lo veo, sentado frente a nosotros, con su fuerte personalidad física y moral, capaz de desafiar los interminables arenales patagónicos y las empinadas cuestas de los Andes.

Entre los temas de sus instrucciones recuerdo el tomado de las Epístolas de San Pablo: "Fratres, videte vocationem vestram!" — "¡Hermanos manteneos firmes en vuestra vocación!"

Repitió varias veces la frase latina en su conferencia. Me parece oírlo. Marcaba las palabras a manera de un cincel para grabarlas en forma imperecedera en nuestras mentes.

El hombre que se había formado al lado de Don Bosco y que recogió su último suspiro, comprendía como el que más la importancia de la recomendación.

Con ella cierro, Hermanos queridos, estas páginas.

Conservad los ojos que guían vuestros pasos; pero más aún conservad la vocación salesiana que, a través de las pequeñas y efímeras cosas de esta vida, marca la ruta segura hacia la dichosa y perenne realidad.

## CAPÍTULO XXVI

### EL CANTO DEL CISNE

Acabo de regresar felizmente de un largo viaje por la América Latina que parecía casi imposible para un hombre ciego y de mi edad.

Dios ha sido bueno conmigo.

Recorrí en dos meses y medio doce países: seis sobre el Pacífico, es decir: Haití, Jamaica, Colombia, Ecuador, Perú y Chile; y seis sobre el Atlántico, es decir: Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Trinidad (Antillas) y Puerto Rico (Antillas).

Además pude remontar por unos dos mil quinientos kilómetros los ríos Paraná y Paraguay hasta el corazón de la región del Chaco, en la que hace veintiséis años, como Inspector, inicié una Misión entre los indios, convertida hoy en Vicariato Apostólico. Su primer Obispo es el Salesiano Mons. Ángel Muzzolón, querido ex alumno mío.

En cada país pude realizar el doble programa que me había propuesto: primero el de propagar y popularizar el hondo simbolismo cristiano del gigantesco

monumento en forma de cruz que los pueblos de América construyen actualmente en Santo Domingo, cuna de América, en testimonio de gratitud al Descubridor y como signo de fraternidad cristiana entre las veintiuna naciones del Nuevo Mundo. Lo conseguí en entrevistas personales con las supremas autoridades eclesiásticas y civiles, por medio de la prensa y de conferencias públicas. Fué una verdadera cruzada de la santa Cruz.

En segundo lugar deseaba comprobar de nuevo personalmente la prodigiosa realización salesiana del ensueño profético de Don Bosco en su histórico viaje desde el Mar Caribe a la Tierra del Fuego. (Biog. de D. Bosco, Vol. XIII).

Insisto en el término "realización prodigiosa". Durante estos últimos sesenta y cinco años la América Latina se cubrió de una verdadera red de centenares de instituciones Salesianas para ambos sexos.

Pude comprobarlo al través de catorce Inspectorías, rebosantes de vida y de acción y con una eflorescencia de vocaciones que anuncian un porvenir cuya fecundidad no es posible prever.

Baste decir que en las solas cuatro Inspectorías del Brasil encontré unos mil cien aspirantes, unos cien Novicios, más de doscientos Filósofos, y unos setenta Teólogos salesianos.

En todas partes el nombre y la obra salesiana gozan del máximo favor. Pude recogerlo de labios de todos los Jefes de Estado que visité. Por ejemplo, el Presidente de Colombia me decía: "Si sobran Salesianos en el mundo, mándelos todos a Colombia" y el de Ecuador: "Queremos mucho a los Salesianos, no só-

lo por su eficaz acción educativa popular, sino también porque sus misioneros avanzan hacia el Amazonas llevando en una mano la cruz redentora y en la otra la bandera patria que asegura sus confines con los pueblos vecinos” y el General Odría, Presidente del Perú, a mi sugerencia jocosa que pusiera guardias en los colegios salesianos, contestó sonriendo: “No sólo guardias para vigilarlos, sino espías en sus colegios para vigilarlos mejor. Se trata de mis hijos que reciben en ellos una primorosa educación”. Y así todos los demás Jefes de Estado, sin mencionar las autoridades Eclesiásticas todas concordadas en bendecir el nombre y la Obra de Don Bosco.

Pueden suponer mis lectores, el orgullo y la alegría que todo salesiano debe sentir ante lo dicho.

No cabe en estas líneas la expresión de lo que mi alma experimentó en el mes transcurrido en el Uruguay, Paraguay y Chaco, escenario de treinta y cuatro años de mi vida salesiana al verme rodeado de tanto afecto fraternal de Hermanos y Cooperadores entre los que se cuenta mi hermano Pedro, quien celebró conmigo su Boda de Oro de matrimonio rodeado de ocho hijos y muchos sobrinos y nietos, de los que cuatro pertenecen a la Familia Salesiana.

Termino renovando para todos mis Hermanos Salesianos el pedido de preservar, conservar y perfeccionar su vocación, garantía segura de una vida fecunda cuyos frutos gozaremos con Don Bosco y María Auxiliadora en la eternidad.

Seguiré ahora poniendo todas las energías que aún me quedan al servicio de mi Iglesia y de la Obra Sa-

lesiana que en ella va floreciendo. Me estimularán para ello las resonancias del viaje reciente que siguen sonando en mi memoria como un "CANTO DE CISNE".

*Apéndice.* Podrán interesar a mis lectores las dos cartas que publicamos como apéndice de estas Memorias, recibidas en ocasión de mis Bodas de Oro Sacerdotales. (Carta del Papa y carta de D. Ricaldone.)



AL VENERABLE HERMANO  
RICARDO PITTINI  
ARZOBISPO DE SANTO DOMINGO

PÍO PP. XII

Venerable Hermano:

SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA.

Pronto brillará para ti el día en que, con la divina gracia, cumplas felizmente el quincuágesimo año de tu sacerdocio. Fausto acontecimiento, por demás alegre, así para el vigilante pastor como para la fiel grey. Porque bien sabido es el amor a las almas con que tú, con ejemplo de egregia piedad e integridad de vida, siempre te ocupaste en provecho de los prójimos, y particularmente la solicitud pastoral con que riges la grey encomendada a tu cuidado. Por tanto Nos, aprovechando la oportunidad de tan fausto suceso, de corazón te felicitamos por tan prolongado y diligente ministerio, y con instantes preces invocamos a Dios misericordiosísimo para que te conceda toda clase de satisfacciones y prosperidades, todavía por muchos años. Y para que las próximas fiestas puedan traer abundancia de frutos a tu pueblo, gustosos te conce-

demos la facultad para que, en el día señalado, después de la Misa Pontifical solemnemente celebrada, bendigas en Nuestro nombre y con Nuestra autoridad, a los fieles asistentes, concediendo a los mismos una indulgencia plenaria que se ha de ganar mediante las acostumbradas condiciones de la Iglesia. Entretanto, como prenda de futuros dones y de Nuestro particular amor, a ti, Venerable Hermano, a tu Arzobispo Coadjutor, a tu Obispo Auxiliar, al Clero y pueblo encomendado a tu vigilancia, así como a tus hermanos religiosos, amantísimamente te concedemos la Bendición Apostólica.

En Roma, junto a San Pedro, día 26 de diciembre, año 1948, décimo de Nuestro Pontificado.

*Pío Papa XII*

Turín, Fiesta de SAN JUAN BOSCO, 1949.

A S. E. Rma. Mons. R. Pittini,  
Arzobispo de Sto. Domingo.

Amadísimo Monseñor:

Es mi vivo deseo estar presente en las solemnidades que han de celebrarse en sus Bodas de Oro Sacerdotales, con el pensamiento, el corazón, la oración, los votos más afectuosos.

Cúpome la alegría de ver por vez primera a Mons. Pittini el día de Santiago del ya lejano 1908 en Montevideo. Durante la visita que hice a continuación a aquella casa pude acrecentar en mí los sentimientos de admiración del primer encuentro, persuadiéndome aun con más veras de que me hallaba delante de un Sacerdote de dotes intelectuales y de celo apostólico nada comunes. El bien por él efectuado en el Uruguay, especialmente en lo tocante a la formación y a la práctica del espíritu de San Juan Bosco y la pasión santa de formar cristiana y socialmente a los jóvenes y a las muchedumbres son cosas de todos conocidas y huelga que yo teja su elogio.

Lo seguí a Estados Unidos, y por cierto él me habrá perdonado ya, si a mí precisamente, me tocó iniciarlo, sin que él lo sospechase, en un trabajo que había de ser sellado con la dorada cruz que ahora cuelga sobre

su pecho. En todas partes, pero particularmente en estos últimos años, como Arzobispo de Santo Domingo, Mons. Pittini supo llevar a cabo obras verdaderamente maravillosas, granjeándose las simpatías de todos, permaneciendo siempre ante todo y sobre todo profundamente Salesiano.

Justo es, por tanto, que hoy le presente, en nombre mío y de toda la Sociedad, más aún, en el nombre mismo de San Juan Bosco, las más vivas gracias asegurándole que los Salesianos no olvidarán nunca lo que él ha hecho por la gloria de la amada Congregación.

Mis oraciones y las de todos los hijos de San Juan Bosco se elevan hoy fervorosas y suplicantes a Dios para impetrar a nuestro amadísimo Mons. Pittini, por intercesión de María Auxiliadora y de San Juan Bosco, gracias cada vez más abundantes, con que pueda continuar su ardua y proficua tarea aun llevando con serenidad heroica su doble cruz.

Del Santuario de Valdocco envío a él y a cuantos le rodean en estas solemnidades jubilares una especial bendición de María Auxiliadora y de San Juan Bosco, rogándole quiera a su vez bendecirme a mí, a los Salesianos todos y las obras de nuestra amada Sociedad.

Con inmenso afecto me profeso devotísimo en Jesús y María.

*Sac.* PEDRO RICALDONE.

## ÍNDICE

	Pág.
Palabras del Rector Mayor de los Salesianos Rmo. D. Pedro Ricaldone .....	7
Dedicatoria .....	9
Capítulo I.—Hacia Don Bosco .....	11
Capítulo II.—Un ensueño se realiza .....	15
Capítulo III.—Eflor escencia Salesiana .....	19
Capítulo IV.—Por el mar de las ballenas .....	28
Capítulo V.—Bodas de Oro .....	35
Capítulo VI.—De la poesía a la prosa .....	38
Capítulo VII.—Venid y vamos todos .....	43
Capítulo VIII.—De los bosques a los rascacielos .....	51
Capítulo IX.—Bajo las cúpulas .....	55
Capítulo X.—“Crough Patrick” .....	62
Capítulo XI.—A elegir Rector mayor .....	68
Capítulo XII.—Con el “Padre de los ríos” .....	74
Capítulo XIII.—Horizontes de vida nueva .....	79
Capítulo XIV.—¿Salto en el vacío? No .....	83
Capítulo XV.—Los secretos caminos de Dios .....	87
Capítulo XVI.—Al frente de la Iglesia primada .....	91
Capítulo XVII.—La otra rama .....	96
Capítulo XVIII.—El viaje del “faro” .....	101

	Pág.
Capítulo XIX.—Con la madre naturaleza .....	108
Capítulo XX.—“Ad limina” .....	113
Capítulo XXI.—En la España redimida .....	120
Capítulo XXII.—En la patria de Simón Bolívar .....	128
Capítulo XXIII.—Un encuentro Providencial .....	134
Capítulo XXIV.—¡Casi ciego! .....	137
Capítulo XXV.—? .....	143
Capítulo XXVI.—El canto del cisne .....	145
Carta de S. S. Pío XII .....	149
Carta del Rmo. Pedro Ricaldone .....	151

ESTE LIBRO SE TERMINÓ  
DE IMPRIMIR EL DÍA 12  
DE JULIO DEL AÑO  
MIL NOVECIENTOS CUA-  
RENTA Y NUEVE, EN LA  
IMPRESA LÓPEZ,  
PERÚ 666, BUENOS AIRES  
REPÚBLICA ARGENTINA.







